

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**ADIOS
AL SERVICIO**

**Rocco
Sarto**



La noche era limpia, como cuando ha pasado la tormenta y el cielo recupera una vieja salud amenazada por el humo de las ciudades. La carretera de la costa corría indecisa entre los médanos, aproximándose y alejándose de la espuma de las olas, flanqueando los cañaverales batidos por el viento y enfriando su rostro serpenteante tras una jornada de sol abrasador.

El coche avanzaba a velocidad regular, reduciendo la marcha en las curvas y acelerando en las rectas. El conductor parecía conocer el camino y llevaba el volante con una sola mano.

Por la ventanilla abierta la brisa lo golpeaba con su aroma de sal y yodo, y confirmaba su decisión de establecerse allí, en Florida, lejos de los cambios de estaciones, los hombres inescrupulosos y los sonidos urbanos.

Sonrió y encendió un cigarrillo.



Sarto Rocco

Adiós al servicio

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1726

ePub r1.0

Lds

03.03.19

Título original: *Adiós al servicio*

Sarto Rocco, 1983

Cubierta:

ePub modelo

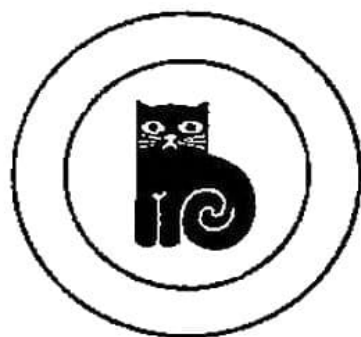
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

La noche era limpia, como cuando ha pasado la tormenta y el cielo recupera una vieja salud amenazada por el humo de las ciudades. La carretera de la costa corría indecisa entre los médanos, aproximándose y alejándose de la espuma de las olas, flanqueando los cañaverales batidos por el viento y enfriando su rostro serpenteante tras una jornada de sol abrasador.

El coche avanzaba a velocidad regular, reduciendo la marcha en las curvas y acelerando en las rectas. El conductor parecía conocer el camino y llevaba el volante con una sola mano.

Por la ventanilla abierta la brisa lo golpeaba con su aroma de sal y yodo, y confirmaba su decisión de establecerse allí, en Florida, lejos de los cambios de estaciones, los hombres inescrupulosos y los sonidos urbanos.

Sonrió y encendió un cigarrillo.

Debía rondar los cuarenta años y conservaba un cuerpo delgado y duro, tonificado por los últimos meses de vida natural y la ausencia de preocupaciones.

Aspiró con placer el humo del cigarrillo y cambió la marcha del motor de cuarta a tercera a fin de trepar con facilidad la siguiente ladera. Cuando llegó a la cima del médano descubrió las luces de un barco reverberando sobre la cresta negligente de las olas y los faros de un par de coches que venían en sentido opuesto.

Los músculos del estómago se endurecieron en un acto reflejo instantáneo y supo que algo andaba mal. Descendió del médano y los faros de los coches desaparecieron tras la ladera siguiente. Obedeciendo a un impulso, dirigió el automóvil fuera de la carretera, procurando que los neumáticos se mantuvieran sobre la arena más dura, y detuvo la marcha tras un grupo de arbustos.

Apagó los faros, dio una última chupada al cigarrillo y lo arrojó fuera.

Unos momentos más tarde los dos coches pasaron a su lado, sin verlo, y continuaron la marcha a gran velocidad.

El hombre abandonó su escondite, regresó a la carretera y prosiguió su camino. Esta vez, sin embargo, imprimió una mayor velocidad a su automóvil. Cuando alcanzó la cima del médano siguiente miró por el espejo retrovisor y sonrió. Las luces rojas de los dos automóviles se alejaban en el linde de la noche.

Los músculos de su estómago se relajaron, encendió un nuevo cigarrillo y sonrió.

—Peter —se dijo en voz alta—, estás viendo fantasmas. Olvídalo, ¿quieres?

Redujo la velocidad y suspiró.

Tantos años de actividad frenética lo habían convertido en una especie de animal entrenado para sobrevivir a cualquier tipo de adversidad; pero ahora, cuando todo parecía tomar otro rumbo, las viejas mañas, los trucos aprendidos durante toda una vida peligrosa le jugaban malas pasadas.

Volvió a sonreír.

Con el cigarrillo entre los labios, procurando que el humo no le molestara en los ojos, observando la carretera desierta, repasó algunas de sus reacciones espontáneas ante cualquier estímulo que en otro tiempo hubiese podido significar la proximidad de algún peligro. La súbita tensión de sus músculos abdominales, tal como acababa de ocurrirle cuando divisó los faros que se aproximaban; la sequedad de la boca cuando despertaba por las noches ante el menor ruido; la lucidez repentina que asaltaba su cerebro cuando detectaba en las noticias algún dato que no se correspondía con la realidad; su natural vocación para *ver* más allá de la superficie.

Arrojó el cigarrillo por la ventanilla y se dijo que sólo hacía un año que había abandonado el servicio activo y que, por tanto, sus reacciones desaparecerían paulatinamente. Era cuestión de tiempo.

Sólo una cuestión de tiempo.

Y cuando pensaba en el tiempo, pensaba en Max.

¿Qué sería de Max?

No podía afirmar que aquellos años brutales fuesen «los mejores» de su vida, pero habían sido los más intensos. Y además,

había conocido a Max y a Magda. De algún modo imposible de comprender para cualquiera que no hubiese pertenecido al servicio, aquellos momentos habían sido los mejores de su vida.

El mismo había encontrado un amor efímero, pero portentoso, del que aún hoy se alimentaba sin dolor, pero con una cierta añoranza.

La memoria lo traicionaba y se dejaba llevar por ella, a pesar de haberse propuesto evitar los recuerdos e iniciar una nueva etapa, lejos de los lugares comunes, como un recién nacido de cuarenta años.

El barco, a un par de millas de la costa, continuaba moviéndose al compás de las olas y el hombre le dio la espalda para adentrarse en el camino cubierto de pedregullo y hojarasca que conducía a la casa.

—Bien, Peter, has llegado sano y salvo —se mofó.

Dejó el automóvil detrás de la casa y dio la vuelta para entrar por la puerta del frente. Se detuvo un momento para mirar el barco detenido en la distancia y luego abrió la puerta y entró.

Sin encender la luz se dirigió a la cocina, puso un poco de agua a hervir y se quitó la corbata.

Entonces sintió el olor y comprendió que no tendría que haber luchado contra sus reflejos defensivos.

—Está bien, amigo —dijo una voz—, no hagas movimientos bruscos y todo resultará más sencillo.

Sintió la presión en sus costillas y reconoció el cañón de una pistola. El perfume del tipo era intenso.

—Debes confundirme con otra persona.

—Pon las manos en la nuca y abre las piernas.

El hombre obedeció.

El otro, sin dejar de presionar el arma contra su espalda, lo palpó con rapidez y profesionalidad.

—Estoy limpio.

—No me gusta dejar hilos sueltos, amigo —dijo el desconocido y dio un paso atrás antes de golpearlo ferozmente en la entrepierna.

Peter ahogó un gemido de dolor lacerante y cayó arrodillado. Su frente golpeó contra el suelo de madera y procuró huir de la inconsciencia buscando una explicación.

El desconocido encendió las luces y se sentó en un sillón.

—¿Por qué? —preguntó Peter.

—Porque eres Peter Lytton y estás husmeando en lo que no te importa.

Peter levantó los ojos inflamados y llenos de lágrimas, y sintió una punzada hirviente en los genitales. Abrió la boca en busca de oxígeno y el otro le asentó un puntapié en el rostro.

Cayó hacia atrás, encogido como un feto, luchando contra algo que le resultaba más doloroso que la paliza: la incompreensión de lo que estaba sucediéndole.

—Escucha... —dijo, sintiendo el gusto de su propia sangre.

—No es necesario.

—Sí, si que lo es. Estás equivocado. No sé por qué me golpeas ni quién te ha enviado, pero seguramente...

—Se acabó Lytton. Me habían dicho que eras un duro, pero los años te han convertido en algo muy distinto. Tendrías que haberte retirado del servicio...

—Pero...

—Lo único que me molesta es tu traslado —agregó el desconocido.

Peter levantó su cuerpo dolorido apoyándose en un codo y lo miró fríamente.

El tipo tenía razón. Se había ablandado, porque de lo contrario jamás le hubiese cogido tan desprevenido. Casi estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Te ríes?

—Tú no lo comprendes, sólo eres un *carnicero* a sueldo.

El desconocido chasqueó la lengua y comenzó a enroscar un largo silenciador al cañón de su pistola.

—¿Quién te envía?

—Nadie que te interese.

—¿Por qué no liquidarme directamente? ¿Por qué los golpes?

—No me gustan los agentes secretos.

Ahora sí que Peter Lytton lanzó una carcajada que debió interrumpir inmediatamente, porque los espasmos le laceraban el bajo vientre.

—¿Cuál es el chiste, amigo? —preguntó el desconocido.

—Jamás lo entenderías, *carnicero*.

—Sí, tienes razón.

El desconocido levantó la pistola y apuntó al estómago.

—Un tiro en las tripas es algo muy feo —dijo Peter.

—Exacto.

Apretó el disparador y Peter experimentó una pequeña contracción de dolor.

El plomo hirviente se alojó en su cuerpo, perforándole los intestinos, y apretó los dientes. Se llevó las manos al abdomen y abrió los ojos en un gesto de impotencia, perplejidad y resignación.

—Hijo de...

El desconocido sonrió, levantó ligeramente la pistola y le descerrajó un balazo en el centro de la frente.

Desenroscó el silenciador con deliberada lentitud, lo sopló para ahuyentar una delicada voluta de humo y lo guardó en el bolsillo de la cazadora. Extrajo las cápsulas vacías de la pistola, las guardó en el bolsillo del lado opuesto y procedió a recargar el arma. Luego se dirigió al teléfono y disco con un dedo enguantado.

—Lahlou —dijo por el auricular—. Está hecho.

Y colgó.

Se inclinó sobre el cadáver y frunció la nariz en un gesto de desagrado. Las heridas en el estómago suelen producir un hedor poco estimulante.

Buscó un pañuelo en el pantalón de Peter, lo apretó contra la herida del estómago y lo sostuvo con fuerza mientras lo ponía de pie para arrastrarlo hasta la puerta principal. Lo sentó apoyando su espalda contra la pared y fue en busca del automóvil que había ocultado en las proximidades.

Se cuidó muy bien de echar un vistazo a los alrededores antes de llevar el coche ante la casa, abrir el maletero y depositar dentro el cuerpo desarticulado del hombre que había asesinado. Durante un minuto largo verificó que el producto de las heridas no ensuciaría el maletero y luego entró nuevamente en la casa.

Observó minuciosamente el salón donde se había producido el encuentro con Peter y se inclinó para limpiar la mancha de sangre y partículas encefálicas que había diseñado en la pared una especie de trágica ala de mariposa.

Estaba por marcharse cuando recordó algo.

Entró en la cocina, apagó el mechero donde hervía el agua y arrojó el contenido de la olla en el fregadero.

Cuando por fin cerró la puerta de la casa a su espalda, una sonrisa satisfecha hendía su rostro.

Se situó tras el volante y condujo lentamente por el sendero de pedregullo hasta alcanzar la carretera. Con los faros apagados aguardó a que un inmenso camión pasara ante él y se perdiera en la ladera siguiente. Entonces guió el automóvil en dirección sur y encendió los faros un kilómetro más adelante.

Tres horas más tarde descargaba el cuerpo ya rígido y lo depositaba en una motora.

Se alejó en la embarcación de motor fueraborda un par de millas y arrojó el cadáver al mar. Regresó al malecón, sujetó la motora a una anilla de hierro y se marchó en el automóvil.

El trabajo había concluido.

* * *

El capitán Zach había cumplido los cincuenta años el día anterior y se sentía más viejo que el anciano pescador que fumaba a su lado.

—Chocó contra mi barca, señor —dijo el anciano—. Me llevé un susto de muerte.

—Gracias por su información —respondió el capitán.

—¿Quiere que le muestre el lugar exacto donde ocurrió?

—No. Lo llamaré si le necesito otra vez, amigo. Puede marcharse si lo desea.

—A su disposición —respondió el anciano, y caminó encorvado por el malecón, dando la espalda al amanecer enrojecido.

—¿Y bien, doctor?

El forense levantó la mirada hacia el policía, se pasó la lengua por los dientes buscando una partícula olvidada de alimento y movió la cabeza lentamente.

—Yo diría que lleva muerto unas veinticuatro horas, no más de treinta. Le haré un informe completo para esta misma mañana. ¿De acuerdo?

—Estupendo.

—¿Podemos llevarlo, señor? —preguntó un agente uniformado, señalando la ambulancia que aguardaba a un par de metros.

—Sí, adelante —autorizó Zach y encendió un cigarrillo.

Cuando toda la comitiva se hubo marchado, el policía se sentó

en un escalón mirando hacia el mar y fumó reflexivamente.

Las cosas se complicarían. Seguro. Había reconocido el cadáver y sólo era una cuestión de tiempo que le telefonearan a su despacho. Si no guardara un recuerdo tan amargo del modo en que había conocido a Peter y a los demás, seguramente hubiese podido echarse a reír.

Pero no tenía intención de reír. Y tampoco de recordar.

Se puso en pie con agilidad y echó a andar hacia donde había aparcado su automóvil.

Era alto, robusto y con un rostro duro y ligeramente burlón. Sus ojos claros parecían propensos a la sonrisa o a la chanza hiriente, y esa característica desarmaba a sus interlocutores.

El capitán Zach tenía la expresión de los hombres que conservan su personalidad incluso en los momentos más escalofriantes. Y Zach había tenido muchos de aquellos momentos cuando debió enfrentarse a los políticos del servicio, a los mandamás cuya escala moral no parece pertenecer a lo que se publica en las primeras planas de los periódicos democráticos.

Subió a su automóvil y lo puso en marcha.

Dos horas más tarde tenía en la mano el informe del forense y una llamada en el teléfono.

—Habla Zach —dijo con voz neutra tras levantar el auricular.

—Mi nombre es Maetzie, capitán. Soy responsable del servicio en el área. ¿Me conoce?

—Le conozco.

—Bien. ¿Tiene alguna novedad para mí?

—Usted ya está enterado de todas las novedades, ¿no es así?

—Tal vez, pero me gustaría conocer los detalles de boca de un experto. Usted, por ejemplo.

—Tengo el cadáver de Peter Lytton. Apareció en aguas de mi jurisdicción. Un balazo en el estómago y otro, definitivo, en la frente. El segundo disparo fue innecesario. Puro sadismo.

—Entiendo.

—¿De verdad?

—No se haga el gracioso. Continúe.

—No hallamos rastros de violencia en su casa, a más de cien millas de aquí. Ignoro en qué trabajaba Lytton.

—¿Usted lo conocía bien?, ¿no es así, capitán?

—Déjese de juegos, Maetzie. Tiene mi *dossier* delante suyo y seguramente está mirando mi fotografía de hace quince años, cuando todavía parecía un ser humano.

—Lytton ya no estaba en el servicio, Zach. Se retiró hace un año, poco más o menos.

—¿Se retiró? —preguntó el capitán con un ligero tono sarcástico en su voz grave.

—Así fue, capitán. A pesar nuestro, porque él era uno de los mejores.

—Yo mismo lo entrené, cuando todavía creía que el servicio era... —se interrumpió e hizo un gesto solitario con la mano, como si apartara una mosca molesta e inservible.

—Lo sé —dijo fríamente Maetzie.

—No le gustará a Olcott.

—Olcott ya no está en la casa, se marchó antes que Lytton.

—Formaban una buena pareja —comentó Zach.

—La mejor, pero ya acabó todo.

—Bien, señor —dijo Zach—, ¿cuál es el motivo de su llamada?

—Olvidelo.

—Repita eso.

—Que lo olvide. La prensa no sabrá quién es Lytton, o mejor dicho quién era Lytton. Puede decirles lo que se le ocurra, tal vez que se trata de un asesinato absurdo, un ajuste de cuentas, lo que prefiera. Es su distrito y usted conoce mejor que nadie al periodismo del lugar. ¿Me equivoco?

—Trampas...

—¿Qué ha dicho?

—Nada, señor. Sólo he dicho: *trampas*.

—Sí, eso creí escuchar. Continúa pensando que el mundo es una pradera florida y perfumada, ¿verdad, Zach? He averiguado que abandonó el servicio por razones personales.

—Por asco, si me permite decirlo, señor —dijo Zach con ironía.

—Fue mejor así. Es un buen policía, pero tiene demasiados prejuicios para ser útil al servicio.

—Con todos mis respetos, señor, al diablo con usted y con el servicio.

Maetzie lanzó una corta carcajada.

—Ni una palabra del asunto, Zach. Sólo le quedan un par de

años más y luego podrá retirarse con todos los honores a su refugio en Chesapeake.

Zach rumió un insulto, pero se contuvo. El hijo de perra conocía todo sobre él. Hasta su pequeño secreto de la casita en la bahía de Chesapeake.

—No olvidaré sus preciosos consejos, señor —dijo Zach y cortó la comunicación.

Su mujer había muerto un año antes. Su hijo era médico y residía en Canadá. Su hija se había casado con un jugador de béisbol y ahora vivía en Venezuela regentando un restaurante de éxito. Pensó en todo ello espontáneamente y tomó una determinación.

Olcott tenía que saber lo ocurrido. Había sido el amigo, el compañero, el hermano de Lytton.

Tal vez él no pudiese actuar, incluso no sabía exactamente por qué habría de hacerlo. Pero Olcott debía conocer lo ocurrido y decidir por su cuenta.

Zach, al menos, le debía eso al hombre que le había salvado la vida.

CAPÍTULO II

El capitán Zach se detuvo ante la puerta de acceso al edificio y miró apreciativamente la fachada noble, de grandes ventanas silenciosas, balcones altos y sólidos, protegida por una reja de hierro de aspecto señorial.

Se llevó la mano al cuello y comprobó mecánicamente que el nudo de la corbata estaba en su sitio. Luego apretó el botón del timbre.

Un hombre de mediana edad y ojos astutos apareció casi inmediatamente. Los ojos perdieron astucia cuando miraron al policía y su rostro adquirió una expresión solícita.

—Sí, señor...

—Buenas tardes —replicó el conserje.

—Estoy buscando a un amigo.

El conserje se apartó e invitó a Zach a entrar en el vestíbulo umbrío. Olía a plantas bien regadas y a cera de lustrar. Un ascensor antiguo aguardaba impasible en su prisión de hierros brillantes y en un costado, entre dos estatuas de mármol de tamaño natural, Zach observó un discreto escritorio de caoba que indicaba el feudo-observatorio del conserje.

Aquel ambiente era muy apropiado para Olcott y repentinamente desaparecieron los espectros y Zach se regodeó con el recuerdo de los primeros tiempos, cuando había conocido a Lytton y a Olcott y reconocido en ellos a dos personalidades muy especiales, absolutamente adecuadas para integrar el ejército de las sombras, es decir: el servicio.

—¿Quién es su amigo, señor? —inquirió el conserje, y sus ojos revelaron un destello prudente, ligeramente defensivo.

—Max Olcott.

—¿Es usted pariente del señor Olcott?

—No. Un amigo. Ya se lo he dicho.

—Comprendo.

—¿Y bien? —lo alentó Zach.

El conserje no replicó inmediatamente y tampoco demostró sentirse incómodo o nervioso por su presencia. Todo lo contrario: parecía sentirse satisfecho de tener la oportunidad de manejar la situación.

—Verá, señor... éste es un edificio respetable y mi cometido es muy simple. Debo preservar la intimidad de sus habitantes.

—Estupendo. ¿Por qué no llama al señor Olcott y le informa que Stirling Zach ha venido desde Florida solo para darle un abrazo?

—Lo haría encantado, pero ocurre que Max..., es decir, el señor Olcott no está en su piso.

Zach se permitió una carcajada.

—¿Ex presidiario? —dijo repentinamente.

—Y usted policía —replicó el conserje.

—Así es.

—Bien. Le he dicho la verdad. Olcott no está en el edificio.

—Fue él quien le consiguió el empleo. ¿Me equivoco?

El conserje sostuvo la mirada del policía, se cruzó de brazos y suspiró.

—Seré franco con usted. Está en lo cierto. Maxax me ayudó cuando salí de la cárcel. Le debo mucho y somos amigos. ¿Comprende?

—Muy de Olcott hacerse de amigos.

—¿Para qué lo busca?

Zach reparó en que el «señor» había desaparecido del vocabulario del ex presidiario.

—Respeto la amistad, amigo —explicó Zach—, y por lo tanto comprendo que usted desee proteger a Olcott. Pero Max y yo somos viejos camaradas y tengo que verlo. Se trata de una emergencia. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Hace dos o tres meses que no aparece por aquí.

—¿Sabe dónde está? ¿Continúa en Nueva York?

—Sí.

—¿Y Magda? ¿Está ella arriba?

Una expresión de dolor se diseñó en el rostro del conserje.

—Ella murió hace cuatro meses.

—¡Por todos los diablos!

—Una muerte absurda.

—No hay muertes absurdas —replicó el policía.

—Es cierto.

—¿Y Max?

—Estuvo como loco un par de semanas y luego se marchó. Me costó trabajo hallarlo, pero finalmente lo conseguí. Jamás me creería si le dijera que...

—Está tocando el saxofón en algún antro de mala muerte.

El conserje abrió sus ojillos astutos en un gesto de auténtica sorpresa. Luego esbozó una sonrisa y dijo:

—El Tiphys, pero no toca dentro del local, sino en la calle. Comienza a las seis o las siete de la tarde y continúa sin detenerse hasta las cuatro de la madrugada. Luego se emborracha a solas en una habitación alquilada, en la calle 42, al oeste de Times Square.

—En la «Calle del Pecado».

—Así es. Sé que en una época tocaba con un grupo de *jazz* en las inmediaciones de Washington Square, en la calle MacDougal.

—Conozco la historia, pero de eso hace muchos años. ¿Dónde queda Tiphys?

—En la calle 125.

—Pleno Harlem.

—Un lugar de mucho cuidado.

—Sí, supongo que Max se sentirá a sus anchas allí.

—Eso creo, señor —dijo el conserje, recuperando la palabra «señor» como una señal de reconocimiento.

—¿Quién paga sus cuentas?

—Yo, señor. Max tiene mucho dinero. Dinero honrado.

Zach sonrió.

«Dinero honrado», pensó, recordando algunas de las misiones que Olcott había desempeñado para el servicio.

—Me marchó. Ha sido un placer conocerlo...

—Pretty —dijo el conserje sonrojándose—. Sé que parece absurdo, pero ése es mi nombre.

Zach le estrechó la mano y salió a la calle. Comenzaba la primavera y a media tarde el sol perdía algo de su furor y la brisa del Hudson recordaba a los paseantes que el invierno no se hallaba

muy lejos todavía.

Zach se abotonó la gabardina y encendió un cigarrillo.

«Primero Magda y ahora Peter. Voy a terminar de destrozarlo», pensó, mientras se alejaba del East Village y sus calles, flanqueadas por viejas mansiones neoclásicas convertidas en albergues plurales por obra y gracia de la invasión de especímenes de todo tipo.

Se detuvo en la Primera Avenida y detuvo un taxi conducido por un chófer negro.

—¿Conoces el Tiphys, en la calle 125?

—¿Va usted allí?

—Si tú me llevas.

—¿Está seguro?

—Desde luego.

—De acuerdo, es su piel.

Hacía varios años que Zach no pisaba el suelo de Harlem, y la impresión que le provocó el barrio no pudo ser más pesimista. Los defensores de la política urbana explican que hace algunos años vivían en Harlem un millón de negros y que en la actualidad sólo hay allí la mitad. Sin embargo, esto no se ha debido al aumento del nivel de vida de las familias de color, sino a que el dramático y empobrecido paisaje les ha obligado a un éxodo metódico, fundamentalmente en dirección al Bronx.

El taxi se detuvo ante un local de aspecto tropical, con escaparates cubiertos por espesas cortinas de pana negra salpicadas de figuras plateadas, representando el contorno de bailarinas exuberantes y alineadas como un ejército de marionetas.

El portal de acceso estaba custodiado por una docena de mozos con apariencia patibularia, atavíos ajustados de cuero, sombreros de ala ancha, botas con punteras metálicas y músculos comprimidos en camisetas desteñidas. Todos llevaban gafas de sol como si fuese un distintivo de identificación.

Las aceras estaban repletas de viandantes y en un ángulo de la fachada del local, junto a un farol de alumbrado, sentado sobre un cajón desvencijado, apenas visible entre el círculo de espectadores, un hombre tocaba el saxofón.

Era Max.

Zach entregó el importe del viaje al chófer negro y permaneció un momento observando al músico.

—¿Qué? —preguntó el taxista—. ¿Ha cambiado de idea?

—¿Cómo?

—No es un buen sitio para un blanco.

—No es un buen sitio para nadie —replicó Zach.

—Tenga cuidado, hombre.

—Ese que toca el saxofón es un blanco y está vivo.

—Lo han adoptado, hombre. Pero no todos tienen su suerte —replicó el negro.

El policía se bajó del automóvil y ajustó el cinturón de la gabardina, antes de encender un cigarrillo.

Durante todo ese tiempo se dedicó a observar los alrededores y calcular sus posibilidades ante una eventual agresión.

Cubos de basura, gatos famélicos, borrachos con sus botellas ocultas en púdicas bolsas de papel, prostitutas de faldas cortas y tristeza larga, chulos multicolores con rostros engreídos, pandilleros de músculos protuberantes y cerebros empequeñecidos por la droga, la violencia y —fundamentalmente— la marginación; ésa era la fauna entristecida que vio Zach antes de encaminarse hacia el círculo de oyentes que aguardaba la próxima improvisación de Olcott.

Zach se abrió paso entre ellos y se plantó ante el hombre.

Tenía el cabello castaño muy largo y sucio. Una barba de meses, compacta y salvaje, grandes ojeras amarronadas y una mirada clara que no parecía observar lo que ocurría a su alrededor.

Vestía pantalones de pana azul, zapatillas de deporte, una camisa tejana y un anorak sin mangas que no soportaría una mancha más sin hacerse pedazos, sólo por un problema de gravedad.

Tres patanes rodearon a Zach y el policía comprendió que la escena iba a comenzar.

—¿Qué te trae por aquí, blanquito? —preguntó un negro delgado y con los incisivos enfundados en platino.

—¿Qué te ocurre, pequeño? —replicó Zach—. ¿Quieres pelea?

—¿Yo? —dijo el negro, impostando la voz como un payaso de última categoría.

Zach dio un paso hacia Max, dentro del círculo de observadores, buscando una posición en la que tuviese la espalda a cubierto.

Una navaja saltó entre los dedos del negro.

—No nos gustan los espías.

Zach miró sin temor la navaja y sonrió. La mano que tenía en el bolsillo salió disparada hacia el rostro del negro. En ella llevaba un Magnum de cañón amenazador que apoyó contra los dientes de platino.

—Bien, pequeño. Tienes dos alternativas. Puedes irte a buscar tu osito de peluche y cantarle una nana junto con tus camaradas, o terminar con tu única cabeza hecha pedazos. ¿Me has comprendido?

Un Magnum no es un revólver común, es una especie de mortero portátil capaz de atravesar a un par de osos y abrir en ellos un túnel de respetables dimensiones.

La gente que se había arremolinado junto al saxofonista comenzó a retroceder, buscando apartarse de la línea de tiro.

—Ya está bien —dijo entonces Olcott.

Estaba detrás de Zach y su voz resonó en la calle con su característico tono firme y persuasivo. Una cualidad que el policía recordaba del antiguo agente secreto.

—No busco problemas —añadió Zach.

—Vamos, hombre —dijo otro de los negros a Dientes de Platino.

—Está bien. Tú ganas, Carapálida —bromeó el negro de mala gana, intentando recobrar su reputación.

Zach apartó el Magnum y lo ocultó en el bolsillo. Entonces la navaja voló en dirección a su cuello. Tal como Zach lo esperaba.

La mano izquierda, desarmada, apartó el arma golpeando el antebrazo del negro y el codo derecho lo alcanzó en la nariz con la fuerza de un ariete.

La navaja escapó de la mano y el negro cayó hacia atrás.

Olcott se puso de pie de un salto y aplicó una patada circular a uno de los compañeros de Dientes de Platino, en el momento en que extraía una barra de hierro de la pernera de su pantalón. El impacto del Mawashi Geri, la eficaz y difícil patada de karate, lo alcanzó en la mandíbula, con tal precisión que lo dejó fuera de combate.

El tercer individuo levantó las manos y sostuvo una cadena de motocicleta sobre su cabeza.

Zach sacó el Magnum y le apuntó a la cabeza.

—Largo de aquí, hijo —dijo con serenidad—. Te aseguro que haré fuego si es necesario.

Amartilló el revólver y el negro consideró que ya era suficiente. Enrolló la cadena en el antebrazo y se inclinó para levantar a Dientes de Platino.

—Eso es —dijo Olcott—. Idos a tomar una cerveza. Necesitáis relajaros.

Zach enfundó el revólver.

—Y tú también tienes que irte, amigo —continuó Max—. No eres bien venido en este sitio. No ganarás el segundo *round*.

—No me iré sin hablar contigo, Max.

Olcott miró fijamente al policía y luego movió negativamente la cabeza.

—No te conozco, Zach.

—Estás hecho un asco.

—Lárgate. Piérdete. Esfúmate.

Olcott se sentó nuevamente en el sucio cajón y acarició el saxofón como si se tratara de un hijo muy querido.

—Antes he de hablar contigo.

—No me interesa —dijo Max, chupando la boquilla del saxo.

—Hueles como un cerdo, aunque no creo que puedas intoxicarte con tu perfume, ya debes haberte acostumbrado al hedor. ¿Crees que Magda se sentiría orgullosa de ti?

El nombre de la mujer estremeció a Olcott.

—Lárgate, Zach. Por favor..., vete.

—Vamos, hay algo que debes saber.

El policía estiró una mano hacia Max, y cuando el músico se la estrechó lo ayudó a ponerse en pie.

—Me siento muy mal, Zach.

—Eso es lo que me parece, pero no vale la pena convertirse en un montón de estiércol. No es ése el estilo que recuerdo de ti.

Max sonrió y fue como si de pronto su aspecto desapareciera tras la simpatía de aquella sonrisa. Zach recordó también la magia de Olcott cuando se mostraba divertido. Pero era un tiempo lejano.

—¿Qué te ocurre, Zach?

—Se trata de Lytton.

—¿Dónde está el bastardo? ¿Siguió mi consejo o todavía continúa con el culo al aire, aguardando que los superhombres del servicio le aticen?

—Lytton ha muerto, Max.

—¿Qué diablos estás diciendo, maldita sea?

—Alguien lo asesinó. Un profesional.

—No bromeas, Zach. Por favor, dime que es una estúpida broma de tu estúpido sentido del humor.

—Le pegaron un tiro en las tripas, sólo para hacerlo sufrir. Le dieron una paliza antes y luego...

—¡Basta!

—... Le reventaron la cabeza de un disparo.

Olcott cogió al policía por las solapas y lo miró furioso, con las mandíbulas apretadas y los ojos inyectados en sangre.

Zach no hizo ningún movimiento. Simplemente aguardó.

Lentamente, como si desde el fondo de su cerebro partiera una orden débil pero eficaz, Olcott se relajó.

Soltó a Zach y comenzó a caminar por la acera sin ver a los transeúntes que se apartaban de su camino más divertidos que molestos.

En Harlem, el antiguo barrio donde en tiempos pretéritos las familias pudientes construían su segunda residencia, la población parecía haber hallado un difícil equilibrio entre el honor y la inmoralidad: el equilibrio suficiente para sobrevivir en una de las ciudades más ricas del mundo.

Y Max Olcott, en su pequeña medida, participaba desde siempre de esa condición ambigua que se debate entre la inmoralidad y el sentido del honor.

Stirling Zach encendió un cigarrillo y marchó tras él.

CAPÍTULO III

La caminata hasta la primera boca del metro fue un verdadero safari, pero los cazadores blancos no sufrieron ataque alguno, tal vez porque el aspecto de Olcott ya era conocido en el paisaje y porque el gigantesco hombre que le iba detrás no tenía apariencia de dibujo animado.

Para cualquiera que haya viajado en un metro neoyorquino durante la noche, la experiencia seguramente ha sido contabilizada entre las más... espectaculares de su vida. Las inscripciones grabadas en los vagones, en las butacas, cristales y puertas son suficientes para embarazar a una virgen histérica y llenar de sonrisas el rostro especulativo del marqués de Sade.

Olcott compró su billete y aguardó el metro con la mirada fija en la boquilla del saxofón. Sentía un nudo en el estómago y el conocido sabor amargo que le llenaba la boca cuando soportaba, una vez más, una noticia teñida de espanto.

Una etapa de su vida terminaba de esfumarse. Primero, el servicio; más tarde, en plena felicidad, la muerte de Magda; y ahora, para rematar lo que le quedaba de cordura, el asesinato de su único amigo.

Sintió los ojos ardidos y las lágrimas agolpándose en ellos como una marabunta húmeda y salobre.

Durante diez minutos permaneció inmóvil, sollozando en silencio, con su aspecto sucio y depauperado en medio del vagón, rodeado por criaturas igualmente sucias y depauperadas, algunos muchachos ataviados con chandal deportivo y varias mujeres que sujetaban sus bolsos convulsivamente.

Los sollozos de Olcott llamaron la atención a algunos, unos pocos pasajeros, pero seguramente el espectáculo de la miseria

humana no era desacostumbrado.

Un inspector del metro subió al vagón y miró despectivamente a su alrededor. Era muy alto y corpulento. Su rostro revelaba las huellas de multitud de peleas y desde su posición Zach reconoció a uno de los individuos reclutados para controlar los trenes en las horas difíciles.

El tipo se paseó entre la gente con aire prepotente y llegó junto a Olcott.

Zach apretó las mandíbulas.

Conocía a Max y al verle sollozar no le costó mucho trabajo comprender que estaba resolviendo su crisis. Una crisis que duraba demasiado tiempo. O salía a flote y utilizaba su última posibilidad o sucumbiría para siempre entre el *whisky* barato, las aceras de Harlem y los fantasmas que albergaba en su conciencia.

El inspector puso una manaza sobre su hombro y lo obligó a darse la vuelta.

«Es el momento decisivo», pensó Zach.

—Hueles a mierda. ¿No tienes vergüenza? —dijo el inspector.

Max debía tener su misma altura, sólo que estaba ligeramente encorvado y debía pesar quince kilos menos que el otro.

—¿Y qué? —replicó desafiante, sorbiéndose la nariz—. A la gente respetable no le gustan los tipos de tu calaña.

Max cerró los ojos y su cuerpo se estremeció. Sus años en el servicio, Magda entre sábanas de hilo blanco, las copas y las risas junto a Lytton..., todo parecía un sueño lejano, sumergido en la tristeza y la humillación.

Una humillación que hasta ese momento no le había importado.

—Quiero que te apees en la próxima estación y no vuelvas a subir a este tren hasta que te bañes y te cambies de ropa. ¿De acuerdo?

Un corrillo de risitas acompañó la mirada del inspector.

Repentinamente, Olcott descubrió que el nudo que apretaba sus entrañas había desaparecido.

Abandonó la posición encorvada y respiró profundamente.

—Usted me confunde, señor —dijo irónicamente y desde su sitio, Zach reconoció la voz humorística del ex agente.

—¿Ah, sí? ¿Con quién te confundo?

—Con un pordiosero.

—¿Acaso pretendes burlarte de mí?

—Exacto —sonrió Max y las risas de todos los pasajeros estallaron a su alrededor.

El inspector lo empujó con violencia y Max, desternillándose de risa, chocó la espalda contra la puerta del vagón.

—Voy a echarte a patadas —vociferó el inspector.

—Por favor, no lo haga —suplicó Max, impostando la voz, con gesto deliberadamente apocado, consiguiendo que los pasajeros se troncharan de risa.

Y fue demasiado para el inspector. Estiró una mano tan grande como una sartén de restaurante para aferrar al pordiosero por el cuello, pero Max no había olvidado las viejas técnicas. Le cogió la mano, asiéndola por el meñique y el pulgar, y se la dobló con violencia.

—Tranquilízate, amigo. Puedo romperte todos los huesos de tu musculoso cuerpo antes de que consigas recordar el nombre de tu mami.

Zach consideró que había llegado el momento de intervenir. Se acercó a los dos hombres, extrajo su identificación y la mostró al inspector.

—Yo me haré cargo de él, si no le importa —dijo—. Suéltalo, Max.

Olcott obedeció y el inspector se friccionó los dedos.

El tren comenzó a frenar ante la inminencia de la próxima estación y los pasajeros se aproximaron a Zach.

—¿Por qué lo detiene? No ha hecho nada —dijo una mujer gigantesca que portaba dos bolsas con alimentos.

—Tiene derecho a viajar en el tren —intervino un anciano embutido en un mono de trabajo comprado en el año de la gran depresión.

—No nos gustan los policías entrometidos —dijo el portavoz de la pandilla del chandal.

El aire de los pasajeros era suficientemente amenazador como para que Zach se preocupara; sin embargo, sólo sintió por ellos una suerte de poderosa admiración.

La solidaridad de los menesterosos.

—Está bien, amigos —dijo Olcott—. No debéis preocuparos por mí. Este muchacho de la gabardina jamás me haría daño alguno. Es

mi hijo.

Y las carcajadas volvieron a estallar en el vagón.

El tren se detuvo, las puertas se abrieron y Zach empujó a Max hacia el andén.

Las puertas volvieron a cerrarse y Olcott saludó ostensiblemente al inspector que, con el rostro perplejo, lo observaba en medio de las risas de la fauna suburbana.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Zach mientras lo guiaba hacia las escaleras mecánicas de salida.

—¿Mejor que qué?

—Mejor que ayer.

—Es posible. Necesito una copa.

—Estoy de acuerdo. ¿Vamos a tu casa o al decorado que has elegido para vivir tu dolor?

—No me presiones, Zach.

—¿Ya has reaccionado?

—Lo estoy intentando.

—Estupendo.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿A qué te refieres?

—A lo de Lytton.

—Apareció flotando en el mar. Aguas de mi distrito.

Salieron a la calle y la brisa que atravesaba el Central Park les trajo un aroma más puro que el de las profundidades del metro.

Zach llamó un taxi.

Subieron al automóvil y el chófer se dio la vuelta para mirar a los dos hombres.

—¿Cuál es la dirección, señor? —inquirió.

—Tú ordenas, Max.

—Vamos al East Village.

—¿No deseas pasar a recoger tus cosas por la leonera de la calle 42?

—No hay nada de valor allí, salvo un par de botellas de *whisky*. Pero ¿cómo lo has averiguado?

—Soy policía, ¿recuerdas?

—¿Te ocuparas del caso de Lytton?

Había urgencia y gravedad en la voz de Olcott.

—No.

—¿Acaso no fue hallado en tu distrito?

—Sí.

—¿Y entonces?

—He venido a verte para explicarte el asunto.

—Escúpelo.

—No. Primero te darás un baño y vestirás ropas limpias. Entretanto yo prepararé algo de comer y quemaré esos andrajos que llevas puestos. ¿De acuerdo?

—¿Por qué? —preguntó Max.

—No te comprendo.

—¿Por qué has venido a buscarme?

—Mi mujer murió y estoy solo, Max. Pero me he acostumbrado a ello. Sin embargo, tú y Lytton habéis sido... ¿mis amigos? A vuestro modo y al mío nos respetamos. Y yo quería mucho a Magda. Ahora sólo quedamos tú y yo. Y quiero que sepas lo que yo sé porque tienes las manos más libres que las mías.

El coche se detuvo ante el edificio guardado por la reja y Zach pagó el viaje.

El conserje abrió la puerta con una sonrisa y echó una mirada preocupada a Max.

—Lo he traído de regreso, Pretty —dijo Zach.

—Se lo agradezco mucho, señor.

—¿De modo que has sido tú el que le indicó el camino?

—Sé distinguir a un amigo de un tramposo —se defendió el conserje.

—Está bien, Pretty —reconoció Max y lanzó un gancho al conserje que lo bloqueó con habilidad y buenos reflejos.

—¿Crees que podrás encontrar algo de comer para nosotros, Pretty? —inquirió el policía.

—Desde luego. Sólo necesito quince minutos.

—Gracias, amigo.

Subieron al ascensor, y antes de llegar al piso, Olcott se había desnudado por completo.

—¿Qué haces? ¿Te dedicas al exhibicionismo?

—No voy a entrar hecho una piltrafa hedionda al piso de Magda.

Abrazó el saxofón y permitió que Pretty abriera la puerta y se hiciera cargo de sus andrajos.

—Bien, amigo Zach, allá voy...

Olcott se detuvo un momento ante la puerta abierta y luego, tras inspirar profundamente, entró en el piso.

Pretty guiñó un ojo al policía y se marchó.

Zach cerró la puerta y encendió las luces.

* * *

Cuando reapareció era alguien muy diferente.

Alto, con el cabello todavía húmedo peinado hacia atrás y el rostro perfectamente rasurado, Max Olcott había perdido diez años y recuperado aquel aire juvenil, dispuesto a la broma rápida y el comentario jocosos, que Zach recordaba con entusiasmo.

Entró en la cocina con una toalla anudada a la cintura por único atavío. Estaba delgado, pero conservaba el torso poderoso, recio y atlético de siempre. Varias marcas de cicatrices interrumpían el hirsuto vello del pecho.

Los ojos resaltaban afiebrados en el rostro endurecido por la pena. Tenía una nariz muy particular, rota y recompuesta por la cirugía, que le confería una apariencia de niño grande. La boca grande, de labios gruesos, estaba dispuesta a la sonrisa.

—Déjame ver las manos, Max.

—¿Para qué? —inquirió, extendiendo los brazos hacia el policía.

Zach observó los nudillos protuberantes y callosos, producto del entrenamiento de karateka consumado.

—Recordaba los nudillos deformados —explicó.

—Hace varios meses que...

—Lo sé. Pretty me explicó tu afición al saxo y al *bourbon*.

—Cuéntame qué ocurrió con Lytton.

—Antes tienes que comer algo. Pareces un gato famélico.

Comieron la carne asada y las patatas hervidas que había conseguido Pretty y bebieron un par de cervezas frías.

Zach encendió un cigarrillo y ofreció la cajetilla a Olcott.

—No deseo fumar. Habla.

—Lo golpearon. En los genitales y en el rostro. Fue un trabajo de profesional.

—¿Por qué?

—Déjame continuar.

—Está bien.

Max estaba visiblemente nervioso y Zach intuyó que su cuerpo

extrañaba la ración habitual de *whisky*.

—Le pegaron un balazo en el estómago, sólo por divertirse. No tenían necesidad de hacerlo. Fue una crueldad. Y luego le reventaron la cabeza. Lo arrojaron al mar y un pescador lo encontró un día más tarde.

—¿Por qué? —insistió Max.

—Lo ignoro.

—Pero es tu caso.

—No, no lo es.

—¿Qué diablos significa eso?

—No debo investigar.

Olcott se puso de pie y ajustó la toalla a su cintura. Caminó hasta la ventana del piso y miró la calle. Sin darse la vuelta preguntó:

—¿El servicio?

—Así es.

—¿Y qué piensas hacer?

—He venido a hablar contigo.

—¿Qué esperas que haga yo?

—Eso es cosa tuya, Max.

—Sí, es cosa mía. Pero ¿cuál es tu idea?

—Tú y Pete erais amigos, más que camaradas. Recuerdo muy bien el triángulo que formabais con Magda.

—Peter estaba enamorado de ella. Cuando lo descubrió se apartó de nosotros. Era muy discreto y más orgulloso que un samurái.

—Creí que tú debías saber lo ocurrido. Recibí una llamada telefónica.

—¿Alguien importante?

—Eso es. Amenazaron con dejarme sin pensión y sin casita en la bahía de Chesapeake.

—Entiendo.

—Pero voy a ayudarte en todo lo que pueda.

—¿Por qué?

—Porque huelo algo muy sucio.

—¿Alguna idea?

La pregunta estuvo a punto de hacer sonreír a Zach. Olcott empleaba el tono directo, eficiente y riguroso del agente que ha iniciado la cacería.

—No, ninguna idea. Pero tal vez tú puedas averiguar algo. Ya te lo he dicho. Tú decides.

—Está bien. Iré a verte en un par de semanas.

—¿Por qué un par de semanas?

—Porque si el servicio está metido en el asunto, tengo que prepararme. En un par de semanas estaré nuevamente en forma.

—Estupendo. Si averiguo algo más te lo haré saber. El policía se puso de pie y fue en busca de la gabardina.

—¿No te quedas a pasar la noche?

—No. He de volver a Florida. No pedí permiso ni di explicación alguna antes de marcharme. Tengo jefes y subordinados, soy un burócrata.

Max se permitió una sonrisa.

—¿Sabes que no tengo nada que perder?

—Lo sé, Max.

—Llegaré hasta el final, Stirling.

—También lo sé.

—Tal vez te comprometa.

—Te espero en un par de semanas, amigo.

El policía estiró la mano y Max la estrechó con fuerza.

—¿Una copa antes del viaje? —ofreció Olcott.

—No, creo que ahora no tengo ganas. ¿Sabes?

Cuando dejé el servicio lo hice por un absurdo sentido del honor. Para mí eso era basura.

—Lo sé, Zach.

—Pero lo único que he rescatado de esa época es una serie de recuerdos. Nada más.

—Tampoco yo tengo mucho más que eso, amigo.

—Siento lo de Magda, Max.

El policía dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿Zach?

—Dime.

—Gracias.

Zach hizo chasquear la lengua, ajustó el cinturón de la gabardina y salió del apartamento.

CAPÍTULO IV

El letrero decía «Se alquila» y parecía recién pintado.

Max Olcott descendió del coche, encendió un cigarrillo y permaneció apoyado en la portezuela observando el sitio.

A su espalda corría la carretera y más allá el mar dejaba oír su queja repetida, oleaje mediante. El sendero de hojas secas y pedregullo remataba en una casa que parecía haber sido construida para confundirse con los árboles lindantes. Madera, piedras del lugar y techo a dos aguas con una bohardilla abierta al mar.

Un rostro de mujer apareció en la ventana de la bohardilla, semioculto por un cabello lacio y largo del color del maíz.

—¡Hola! —dijo la mujer—. ¿Viene por el anuncio?

—Eso es.

—Aguarde que en seguida bajo.

La cabeza desapareció dentro de la casa y Max arrojó el cigarrillo y suspiró.

Allí había vivido Peter Lytton antes de morir, y según él podía suponer que su amigo, había hallado el sitio que buscaba. Siempre había deseado una casa como aquélla, en un sitio próximo al mar y suficientemente cerca de una gran ciudad como para correr en busca de una copa, una conversación o una mujer complaciente.

El buen Peter Lytton.

Olcott vestía un tejano azul, camisa de la misma tela, zapatillas de deporte y llevaba una barba de tres días. Había cubierto la distancia entre Nueva York y la península de Florida en su automóvil y lo había decidido deliberadamente, para poder pensar.

La mujer abrió la puerta de la casa y Max pudo observarla detenidamente. Era realmente hermosa. Cabellos largos, rostro anguloso, de pómulos marcados, ojos claros y gigantescos, nariz

juguetona y labios expertos en susurros.

Vestía una camisa anudada por encima de la cintura que permitía una visión espléndida de un ombligo gracioso y pequeño. Los *shorts*, exhibían los muslos tensos y bien formados como un desafío que avanzaba en dirección a unas pantorrillas dignas del mejor de los poemas. El escote de la camisa indicaba la presencia de unos pechos grandes, erguidos y dorados de sol, mar y juventud aprovechada.

Pero ese cuerpo estaba bien defendido por la mirada inteligente y la sonrisa prudente, ligeramente burlona.

—Siento haberla mirado de este modo, pero no esperaba hallar a una mujer hermosa, sino a un empleado de inmobiliaria delgado, vestido de negro y con una sonrisa artificial de grandes dientes postizos.

—¿Decepcionado?

—Atribulado.

—Mi nombre es Lena Kanin, soy la dueña del palacio.

—Encantado de conocerla. Soy Bret Scott.

El nombre supuesto había sido elegido tras una rápida mirada a la guía de teléfonos: el nombre en la página 64 y el apellido en la página 640. Si el servicio controlaba los hilos no era cuestión de regalarles estúpidamente el dato de su identidad.

—¿Quieres ver la casa? —dijo ella, con una sonrisa, tuteándolo.

—Me gustaría mucho.

Recorrieron juntos todas las habitaciones y Max observó minuciosamente cada rincón.

—¿Quién vivía aquí?

—Te has enterado, ¿verdad?

—¿Enterado?

—La alquilé a un hombre. Tenía más o menos tu edad.

—¿Tenía?

—Murió asesinado a doscientas millas de aquí.

—¿Qué ocurrió?

—Los periódicos afirman que fue un ajuste de cuentas.

—No te preocupes, no soy supersticioso.

—¿Quiere decir que te quedas con ella? —preguntó la muchacha con una cierta reticencia.

—El precio es razonable.

—¿Vives solo?

—Sí, solo.

—Es que...

—Dilo ya. ¿No te gusta mi aspecto?

—No se trata de eso —replicó ella sonriendo—, sólo que mis planes se han modificado y... debo permanecer aquí un mes antes de marcharme.

—¿Vives sola?

—Sí, sola.

—Estupendo, puedes quedarte y compartiremos los gastos. Te aseguro que soy limpio, austero, respetuoso con los animales domésticos y poco dado a las conversaciones de compromiso. ¿A qué te dedicas?

—Soy intérprete. Trabajo para las Naciones Unidas. ¿Y tú?

—No hago nada. Quiero descansar. Eso es todo.

—De acuerdo. Me quedo con la buhardilla —rió ella.

—Es un trato —aceptó Max, y estrechó la mano de la mujer.

—A cambio, llenaré la alacena. ¿Alguna preferencia gastronómica?

—Sólo una.

—¿Cuál?

—Que tú me acompañes en la cena de esta noche.

Lena se alejó sonriente y al cabo de un par de minutos, Max escuchó el motor de un vehículo y se asomó a la puerta. La muchacha se alejaba en un automóvil playero, descapotable, de líneas deliberadamente pintorescas y neumáticos gigantescos.

Era una mujer hermosa y Max se dijo, casi inconscientemente, que la vida continuaba.

A pesar de todo.

Recorrió nuevamente la casa, esta vez con otro propósito. Inspeccionó los zócalos, las paredes de madera, los empalmes eléctricos en sus cajas de hierro, el sistema de ventilación y, con menor rigor, las afueras de la casa.

El sol pasó indiferente sobre su cabeza y Max observó en el mar la silueta de un buque que parecía detenido en medio de la reverberación luminosa.

Entró nuevamente en la casa y se sentó en el salón, mirando hacia la cocina. Tuvo un impulso y caminó hacia la cocina, que ya

había inspeccionado, y luego miró hacia el salón. Regresó al punto original y volvió a sentarse.

No podía comprender cómo había sido posible que atraparan a Lytton sin que ofreciera resistencia.

Según los informes que le había dado Zach, un solo hombre había golpeado y asesinado a Peter.

A Max le costaba trabajo creerlo, pero, se dijo, si alguien hubiese ido en su busca para acabar con él mientras tocaba el saxofón frente al Tiphys, en la calle 125, difícilmente hubiese podido oponerle alguna resistencia.

Pero Lytton no bebía, ni padecía su estado emocional. Lytton siempre había conseguido controlar sus vicisitudes espirituales. Y entonces observó algo que llamó su atención.

No lo hubiese visto a no ser por la especial iluminación que provenía de la cocina, filtrada a través del breve espacio dejado por la puerta entornada.

Era solamente una mínima sombra.

Max se dirigió hasta ella, apartó una butaca y la recorrió con la yema de sus dedos. Era una mancha de color grisáceo, confundida con el tono de la pintura avejentada de la pared y tenía la forma de una burbuja pequeña que alguien hubiese reventado violentamente.

La idea surgió espontáneamente y Olcott experimentó una sensación de furia infinita.

Se sentó en el suelo, apoyó la espalda en la pared y mantuvo la cabeza erguida. Con una mano señaló en la pared la altura de su propia frente y se apartó. Sus dedos señalaban el sitio preciso de la mancha. Fue una asociación lúgubre, pero suficientemente estimulante como para que se felicitara por ella.

El y Lytton tenían la misma altura.

Con una navaja extrajo parte de aquella mancha y lo depositó en un sobre limpio. Lo guardó en el bolsillo de su cazadora tejana y salió de la casa.

Se encaminó hacia la gasolinera más próxima, compró un sello, escribió una dirección en el sobre y lo depositó en el buzón. Luego entró en la cabina telefónica y llamó a Zach.

—¿Zach?

—Sí.

—Soy Bret Scott.

—¿Alguna novedad, Scott? —preguntó el policía.

—Te envío algo para que lo hagas analizar. Llegará a tu domicilio particular. ¿Tienes a alguien de confianza en los laboratorios?

—Déjalo de mi cuenta.

—Bien. Te llamaré mañana. Por la tarde.

—De acuerdo.

Max colgó el auricular y observó al encargado de la gasolinera que leía un *Playboy* y fumaba con displicencia.

Se acercó, sacó un cigarrillo y lo encendió con placer.

—Buenos días —saludó al empleado.

—Hola. ¿Turismo o negocios?

—He venido a descansar algunas semanas. He alquilado la casa del recodo.

—Oh, sí, la conozco. He visto a la señorita Kanin. Mal asunto lo del antiguo inquilino. Era un buen hombre, algo reservado y muy discreto, pero parecía buena gente. Algo difícil de hallar en esta punta de Florida. Mucho dinero y poca prudencia.

Max asintió con la cabeza. Era un hombre de mediana estatura y que no debía ser mucho mayor que él, entre los cuarenta y los cincuenta, pero con un aspecto deteriorado y el semblante adusto del que ha visto demasiadas cosas que prefiere ignorar.

—¿Dónde se puede encontrar un poco de diversión si a uno le apetece?

La pregunta de Max sorprendió al hombre.

—¿Diversión? Pues en cualquier sitio desde aquí a Key West. Niñas ligeras de ropas y hoteles donde se puede jugar al *póker*, la ruleta, y hasta el pellejo si es necesario.

—Soy discreto.

—Ya.

—Dígame, ¿qué hacía el tipo que alquilaba antes que yo la casa del recodo?

—¿Peter? Pues... no mucho. Solía llegarse hasta el bar de la urbanización a beber un par de cervezas.

—¿La urbanización?

—Sí, un grupo de *bungalows* muy ostentosos. Fueron construidos hace poco más de un año, a un kilómetro del mar, protegidos de las miradas curiosas por los médanos. Cosas de ricachones. Hay un

restaurante, un *cabaret* y un bar que permanece abierto toda la noche.

—¿Dónde está la urbanización?

—A unos veinte kilómetros al sur en dirección al Everglades. No tiene pérdida. Hay un letrero discreto que pone Cayos Negros, ése es el nombre.

—¿En castellano?

—No es inglés, que yo sepa —replicó el hombre.

—Gracias por la información. Creo que iré a echar un vistazo. ¿Hay muñecas allí?

—Allí y en el resto del universo —dijo el hombre, y volvió a la lectura del *Playboy*.

Max regresó andando hasta la casa, distante sólo un kilómetro de la gasolinera y se entretuvo observando el barco, detenido como un tiburón saciado y somnoliento.

Al llegar sacó una maleta grande del coche y la llevó hasta su habitación. Se desnudó y, vestido solamente con un bañador pequeño y elástico, volvió a salir en dirección a la playa. Cruzó la carretera por un pequeño túnel peatonal y sintió la arena ardiente en la planta de sus pies. Corrió hasta el mar, saltó sobre las pequeñas olas próximas y se sumergió debajo de una ola más grande que avanzaba como un tubo iracundo y espumoso.

Nadó durante media hora, procurando que las lanchas fuera borda con su carga de esquiadores dorados no le hiciera trizas la cabeza y por último regresó con un *crawl* vigoroso y rítmico.

Lena Kanin estaba de pie, untando su hermoso cuerpo con una leche brillante y nutritiva que protegería la maravilla de su piel del ataque solar.

Llevaba un bikini florido y tan pequeño que Olcott recuperó brutalmente el dominio de sus instintos, tras varios meses de anestesiarlos con *whisky*.

Los muslos rotundos destellaban y por encima del ínfimo corpiño sus senos se inflamaban con cada inspiración como animales vivos y enérgicos dispuestos a la batalla.

—¿Leche? —ofreció ella con una sonrisa, alargándole el bote plástico.

—No, gracias.

—Entonces, una cerveza —dijo y señaló una canasta que había a

su lado.

—¿El servicio de playa está incluido en el alquiler? —bromeó Max, sin dejar de observarla.

Ella se estiró, dando la espalda al sol y agitó su melena color maíz, tensando los músculos de todo el cuerpo.

—No estoy acostumbrado a presenciar un espectáculo tan estimulante. Tienes que comprender que ya he cumplido cuarenta años y he llevado una vida serena.

Ella lo miró y torció la boca en un gesto burlón.

—Tienes un cuerpo esbelto y juvenil. Pero me gusta que hayas cumplido cuarenta años. Me atraen los hombres que han vivido lo suyo. ¿Estás casado?

La expresión jovial huyó del rostro de Olcott.

—Lo siento —se apresuró a agregar ella—, no era mi intención...

—No te preocupes. Mi mujer murió hace algunos meses y todavía no me siento seguro hablando del tema.

—Comprendo.

Lena se arrodilló a su lado y le acarició el rostro. Max clavó sus ojos en las pupilas claras de la muchacha y descubrió en ellas una ternura infinita.

—Sobreviviré, no te inquietes —dijo él, procurando zafarse de aquella situación que lo confundía.

—Recuérdala viva y sonriente. Cuando lo consigas, dejarás de sentirte culpable.

—¿Culpable?

—Culpable de que yo te toque.

Max lanzó una sonora carcajada, se inclinó sobre la muchacha y la besó con fuerza en las mejillas brillantes.

—Tienes sabor a leche de coco —dijo.

—¿Qué hay de esa cerveza, desconocido?

Olcott extrajo dos latas de cerveza fría del canasto y le ofreció una.

—Brindemos por el sol de Florida y por todo lo que nos sugiere —propuso la mujer con una mirada cargada de promesas.

—Está bien, aunque suena algo comprometedor.

Tomaron el sol, nadaron y hablaron de países lejanos que los dos conocían y de cosas que aparecían como regalos estimulados por la

felicidad de estar juntos.

Cuando el sol comenzó a caer más allá de los médanos, regresaron a la casa y prepararon una cena apetitosa acompañada por una botella de vino blanco y helado. Fumaron un cigarrillo y dejaron que la noche descendiera como una intrusa sobre el paisaje luminoso de Florida.

—Creo que me iré a dormir —dijo Lena, indecisa, y se marchó hacia su buhardilla.

Olcott dudó entre cogerla entre sus brazos y retenerla o dejarla marchar. Había intuido en ella una necesidad, una urgencia tan grande como al que él mismo sentía crecer en cada palmo de su cuerpo. Pero resistió el impulso. Hacía diez años que no seducía a ninguna mujer nueva. Magda había sido su única referencia amorosa y se dijo que le llevaría algún tiempo comprender que estaba nuevamente solo.

Entró en la casa y se sirvió un *whisky*. Lo pensó mejor y lo arrojó al fregadero. Preparó café y sorbió una taza pensando en la mujer que dormía en la buhardilla, en su risa, en sus ojos, en la promesa de su cuerpo vital.

Se acostó intentando dormir pero no lo consiguió.

Su reloj marcaba las dos de la madrugada cuando salió de la casa sin haber pegado ojo. Miró hacia el mar y observó las luces del buque anclado en la distancia, compitiendo con la naturalidad de la luna.

—Yo tampoco podía dormir —dijo la voz de Lena a sus espaldas.

Se volvió.

Allí estaba, a un par de metros, con los cabellos cayendo rebeldes sobre los hombros desnudos. Vestida escuetamente con un camisón que acababa muy por encima de las rodillas.

Max dio un paso hacia ella, la sujetó por la cintura, apretó su pecho contra los senos libres de la mujer y buscó su boca con un ansia antigua, diferente.

La apretó casi con violencia y aspiró su perfume, mientras el beso abría el camino de caricias más necesarias y profundas.

Le quitó el camisón y la observó desnuda a la luz de la luna como si la escena no correspondiera a su vida. Pero ella era real, podía olerla, tocarla y saborearla.

Podía sentirla en su propia piel.

La alzó en brazos y entró en la casa. Se dejó caer de rodillas sobre la mullida alfombra del salón y volvió a besarla.

Lena rodó sobre su cuerpo para escapar al abrazo y lo obligó a ponerse de espaldas.

Max vio el cuerpo desnudo, inclinado sobre él, impregnándolo con una multitud de sensaciones que parecían demasiado olvidadas, demasiado dolorosas por su asociación con Magda, pero que ahora descubría enormemente vivas y la apresó con violencia para rodar sobre la alfombra y buscarla con una avidez que ella compartía con idéntica desesperación.

Entró en el cuerpo abierto y se sintió extrañamente libre, envuelto por una ola de perfume, susurros y placer.

* * *

Abrió los ojos.

El sol se colaba por las persianas entreabiertas y entibiaba la sonrisa dormida de la muchacha.

Max se incorporó procurando no despertarla y fue hasta la ventana. Miró el mar durante varios minutos hasta que descubrió cuál era el detalle que faltaba.

El barco. El barco había desaparecido. Pensó en la fecha, 10 de abril y algo que no le gustó se apoderó de su imaginación. Algo que le había permitido ser un agente de primera fila, el mejor junto con Peter Lytton. Supo que allí estaba la respuesta, en ese sitio y no a doscientas millas de distancia, donde había sido hallado el cuerpo de Peter.

CAPÍTULO V

Zach fue breve.

—El laboratorio ha confirmado que se trata de restos de sangre y masa encefálica. Pertenecen a Lytton.

—Los hallé en la casa. Alguien lo liquidó allí y luego se tomó el trabajo de alejarlo. ¿No es paradójico, Stirling? El asesino alejó cien millas el cadáver sólo para cometer un error. Tú reconociste a Peter y allí comenzó su perdición.

—¿Qué piensas hacer ahora, Max?

—Tengo un par de ideas.

—Mantenme informado. ¿De acuerdo?

—¿Conoces algún policía que sea de fiar en este distrito?

—Es posible, pero no pondría las manos en el fuego. El servicio funciona como una autoridad dogmática. Nadie echaría a perder su carrera por un ex agente muerto.

—Tú lo has dicho, Zach —replicó Max con un tono ligeramente burlón que no pasó desapercibido al policía.

—Escucha, pequeño. He tenido una vida dura y voy a retirarme a disfrutar de mi jubilación. Tú y Peter fuisteis mis mejores discípulos y a pesar de ser agentes no erais tan... mercenarios. Pero te equivocas si pretendes hacerme sentir culpable. Al diablo contigo y con el servicio.

—Lo siento, Stirling.

—Así está mejor.

El policía colgó el receptor.

Cuando Olcott salió de la cabina telefónica, Lena detuvo su coche playero con un chirriar de enormes neumáticos deportivos.

—¿Una vida secreta? —preguntó sonriente.

—No te esperaba hasta más tarde, pequeña espía.

—Tengo que regresar hoy mismo a Miami. Me llevará un par de días resolver allí algunos asuntos pendientes y luego tú y yo disfrutaremos del resto del mes como los adolescentes del *Lago Azul*.

—No he visto la película.

—Yo la dramatizaré para ti, hombre duro.

—Llévame a casa. Quiero darte un beso en privado.

Max saltó sobre el coche descapotable ante la mirada cínica del empleado de la gasolinera.

Lena condujo hasta el desvío que llevaba a la casa y detuvo el coche.

—Hasta aquí llegó mi amor.

—Tú te lo pierdes, vampiresa.

—Cuanto antes me largue antes regresaré a por tu sangre.

—Aquí estaré —dijo Max, y la besó con fuerza en los labios.

Ella pareció dudar un momento y luego apretó el acelerador y salió disparada por la carretera en dirección a Miami.

Max miró su reloj. Eran las siete de la tarde. Una buena hora para iniciar sus investigaciones.

Se duchó y se puso un par de pantalones blancos de hilo, *blazer* azul con botones dorados, camisa italiana en tonos rosados y zapatos blancos de lona.

Se miró en el espejo con satisfacción. Ya se había convertido en un prototipo marino de ejecutivo en plan seductor.

Subió a su coche y abrió la guantera. El Magnum estaba en su sitio. Dejó caer una navaja marinera en el bolsillo trasero del pantalón y puso el motor en marcha.

Pasó delante de la gasolinera en dirección al suroeste. Iba en busca de su corazonada.

El rótulo que indicaba Cayos Negros no era muy expresivo. En realidad parecía deliberadamente oculto tras los troncos juveniles que flanqueaban el desvío.

Avanzó un par de kilómetros antes de descubrir dos edificios de corte futurista todo cúpulas, plástico aeronáutico y cristales espaciales. El edificio de la izquierda correspondía al restaurante y el bar. El que se erigía en el lado opuesto de la carretera ostentaba un letrero fluorescente con la palabra *Cabaret* y el contorno sinuoso de una mujer a la que el juego de luces convertía en una yegua espasmódica.

Varios coches estaban aparcados delante de los edificios.

Olcott dejó el suyo ante la puerta del restaurante y, antes de entrar en el bar, encendió un cigarrillo. Descubrió que al final del camino había una valla y dos casetas con guardias uniformados y un alambre de tres metros protegiendo el predio.

La urbanización tenía una parcela social constituida por el restaurante, el bar y el *cabaret*; y una parcela privada, tan privada como para protegerla por guardias armados.

En realidad, existen numerosos barrios residenciales, habitados por la casta de los magnates y que protegen la intimidad que les dejan las revistas del corazón valiéndose de ejércitos de señoritos de seguridad.

Aspiró una bocanada de humo y entró en el bar.

Los reservados rodeaban una barra con forma de paleta de pintor, atendida por tres *barmen* de aspecto cinematográfico. Las mesas del bar se distribuían por el recinto separadas por distintos niveles, más altos y más bajos, que complicaban la vida a los camareros. Los reservados eran burbujas de material plástico oscuro y puertas abatibles.

La iluminación cenital parecía provenir de una estrella lejana y hastiada. Pero el efecto era adecuado para el sitio y sus habitantes. Parejas de mediana edad elegantemente vestidas y departiendo antes de la cena. Muchachas excesivamente bellas y hombres excesivamente encantadores, musculosos y dorados, riendo las genialidades de rigor; señoritas atractivas y a la caza de una noche que aumentara sus presupuestos; bebedores solitarios y retraídos; tal era la fauna que, no obstante, tenía algo en común: una elegancia natural y costosa.

Olcott se felicitó por haber elegido su atuendo de almirante de la flota británica.

Se sentó en un extremo de la barra y recogió las miradas invitantes de una morena de rostro achinado y pechos voluminosos dentro de un escote abierto hasta el ombligo.

Llamó al barman que tenía más próximo y dio el primer paso.

—Dos *whiskies* en dos vasos. Solos.

El barman lo miró sorprendido.

—Es extraño —comentó.

—Es una especie de juego, ¿sabes? —dijo Olcott—. Mi amigo y

yo acostumbramos a beber de este modo, como si estuviéramos acompañados. Ahora él ya no bebe. Me habló mucho de este sitio.

—Sí —reconoció el hombre—. El señor Lytton bebía el *whisky* del mismo modo.

Dio media vuelta y fue en busca de la bebida. Olcott decidió tomarse su tiempo.

Aplastó la colilla en el cenicero y encendió otro cigarrillo.

El barman depositó las dos copas de *whisky* ante él y lo miró con entusiasmo.

—Fue una muerte estúpida —dijo Max.

—Hay muchos locos sueltos por el mundo, amigo.

—Este loco tuvo suerte —añadió Olcott y tragó de un sorbo el *whisky* de una de las copas.

Experimentó una sensación de placer y, a la vez, un cierto rechazo ante la ingestión del alcohol. Hada más de dos semanas que no probaba una sola gota.

—Es un buen *whisky*, digno de un sitio como éste. —Olcott giró en la banqueta e hizo un gesto que abarcaba toda la estancia—. ¿Crees que habrá algún *bungalow* disponible en la urbanización?

—No, señor. Hay solamente una docena de villas y todas están ocupadas... por sus propietarios.

—Entiendo. Dime, amigo, ¿tú conocías a Peter..., al señor Lytton?

—No era muy hablador.

—Lo sé, pero me escribió algunas cartas interesantes. En una de ellas mencionó a una mujer.

—Es posible.

—Vamos, dime quién es ella. Me gustaría invitarla a una copa, por los viejos tiempos. Ya sabes.

Un billete de veinte dólares apareció entre los dedos de Olcott y desapareció en el bolsillo de la chaqueta del barman.

—Luan —informó el hombre—, la belleza de los ojos chinos.

—Gracias. Tú y yo seremos amigos.

Olcott descendió de su banqueta y caminó displicentemente hacia la muchacha. Se detuvo ante ella, extrajo un cigarrillo y lo depositó en sus labios. Luego encendió el mechero y aproximó la llama al pitillo. La mujer aspiró sin parpadear, con sus inmensas pupilas verdes clavadas en los ojos de Max.

—Hola. Luan.

—Hola.

Mientras se acomodaba en la banqueta contigua, Max observó que el barman desaparecía por el extremo opuesto.

—No te notó muy triste, preciosa.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Peter ha muerto.

Los ojos de la muchacha perdieron el brillo durante un segundo.

—Era un buen amigo.

—¿Muy bueno?

—¿Quién eres?

—El y yo éramos carne y uña.

Luan lanzó una carcajada.

—¿Has venido a llorarlo sobre mi hombro?

—Lo siento, creí que eras una muchacha sensible. Eso me decía Peter en sus cartas. Me he equivocado y creo que él también se engañó contigo.

Saltó de la banqueta y se dio la vuelta. Ella lo detuvo cogiéndolo por el brazo.

—Escucha... Era un tipo simpático y duro. Me gustó en seguida. Pero...

—¿Sí?

—Tenía algunas ideas raras.

—¿Qué ideas?

—Matrimonio. Pretendía que me fuera con él.

—Jamás lo hubiese esperado de él.

—Bueno, al final pareció cambiar de idea. Al menos no insistió mucho con el asunto. Parecía preocupado.

—Cualquier hombre se preocuparía por una preciosura como tú.

—No, no era por mi culpa. Algo ocurrió, no sé qué fue, pero Peter comenzó a ponerse nervioso.

—¿Nervioso? ¿Peter? ¡Eso es imposible! —exclamó Max, riendo.

—¡Al diablo contigo!

—Lo siento, no me estaba burlando. Pero conocía muy bien a Peter y no era del tipo asustadizo.

—No he dicho que estuviera asustado, sino nervioso, en tensión. ¿Comprendes?

—Está bien, no hablemos más de él.

La muchacha miró por encima del hombro de Max y su expresión cambió sensiblemente.

Olcott se dio la vuelta y observó dos cosas. La primera era que el barman había regresado a su puesto tras la barra. La segunda fue la aparición de dos tipos altos, embutidos en trajes pulcros, pero de confección, con sombreros oscuros, que se sentaron a una de las mesas.

—He de irme —dijo ella.

—¿No me aceptas una copa?

—No puedo. Tal vez en otra ocasión.

Olcott la siguió con la mirada. Luan pasó junto a los dos hombres y salió por una puerta lateral. Uno de los tipos se puso de pie y la siguió. Max simuló desentenderse de ella y pidió otras dos copas al barman.

—Una muchacha muy interesante —comentó.

—Sí —reconoció el barman lacónicamente.

—No aceptó mi copa. ¿Acaso no está aquí para entretener a los clientes?

—Alguna urgencia, señor. Pero no se preocupe, puedo conseguirle otra acompañante.

En sus labios, la palabra *acompañante* sonaba como el himno de Sodoma y Gomorra.

Permaneció media hora más en el local, reflexionando acerca del material que había recogido.

Parecía claro que Lytton había ido a Florida a cumplir con su sueño de mar y sol. Alquiló la casa del recodo a Lena Kanin y vivió allí en paz con el mundo durante algunos meses. Conoció a Luan en el bar de la urbanización y al cabo de algún tiempo se sintió suficientemente interesado por ella como para proponerle matrimonio. Durante su pertenencia al servicio, Lytton había sido un individuo reservado, frío y eficiente. Su amor silencioso por Magda lo había convertido en un solitario todavía más introvertido. Por tanto, no era descabellado que una vez apartado del servicio, y viviendo en el sitio que ansiaba, se decidiera a buscar una mujer.

Coincidía con el temperamento racional y, a la vez, impulsivo de Peter.

Un buen día descubrió algo. Max no acertaba a suponer de qué podía tratarse, pero era algo importante. Tan importante que

decidió investigarlo por su cuenta. Debía ser muy especial para conseguir inquietar a Peter. Y la muchacha, Luan, había asegurado que lo había notado nervioso.

La idea de un Peter Lytton inquieto, en tensión, no cuadraba con su conocimiento del amigo, del camarada de decenas de misiones.

Y entonces lo descubrieron.

Alguien dio la orden y un asesino profesional se ocupó de él. Tenía que tratarse de un profesional, porque de lo contrario no podría haber sorprendido a un tipo como Peter.

Recordándolo, Olcott estuvo a punto de dejarse desbordar por el dolor. Ahora, recomponiendo hipotéticamente lo ocurrido, asumía plenamente la muerte del amigo y, estúpidamente, observando el rompecabezas, tenía la sensación de que podía salvarlo.

Acabó el *whisky* y encendió un cigarrillo.

Luan no había regresado y tampoco el individuo que salió tras ella.

Zach le había dicho que el servicio, sin sutilezas, le había ordenado que se olvidara de la investigación. Por lo tanto, cabían dos posibilidades: o bien el servicio estaba metido en el asunto o vigilaba el tinglado para actuar más adelante. En todo caso, un hombre como Lytton parecía ser un precio aceptable por el servicio para el éxito de la operación, cualquiera que ésta fuese.

Olcott sintió náuseas.

Conocía la mentalidad de los jerarcas del servicio. No había nada tan valioso como eso que llamaban El País con mayúsculas; pero ese país no era una entidad concreta, sino una multiplicidad de intereses cuya complejidad los convertía en algo imponderable; o, al menos, en algo inasible para el común de los mortales. En su nombre, en el nombre de los ciudadanos de ese país, se cometían atropellos que raras veces salían a la superficie.

Desechó el análisis moral por su absoluta inutilidad. Había un único modo de ayudar a Lytton y era no olvidándose de él. No permitiendo que su muerte fuese sólo una cruz anónima.

Se ocuparía de vengarlo.

Llamó al barman y le dio un billete.

—Puedes quedarte con el cambio. Volveré por aquí algún otro día, tal vez para entonces la princesa oriental sea más complaciente.

—Sí, señor —dijo el hombre.

Olcott detectó en él un cierto nerviosismo, que le dio la pauta de que algo se tramaba. Ahora todo consistía en averiguar hasta qué punto su dedo resultaba molesto.

Fuera del local, las luces del *cabaret* del lado opuesto del camino dominaban la negrura de la noche.

Se encaminó hasta el sitio en que había dejado el automóvil y subió a él con los músculos tensos. Su olfato no lo traicionaba y sabía que algo estaba a punto de producirse.

Ocurrió cuando dio marcha atrás para dirigirse hacia la carretera. En el momento en que se apartaba de la hilera de automóviles aparcados y giraba el volante, un coche se cruzó en el camino, con las luces apagadas, y lo chocó con una cierta violencia.

Se trataba de un descapotable de un obscuro color salmón, tripulado por tres hombres ataviados con *smoking* y una muchacha rubia y semidesnuda, que parecía recién salida de una portada de la mejor revista de cotilleo internacional.

Max se bajó de su automóvil y miró a los tres sujetos. Le bastó una ojeada para clasificarlos: rostros duros, mandíbulas cuadradas y ojos semicerrados por antiguas golpizas. Uno de ellos tenía la nariz aplanada el cabello ralo peinado de atrás hacia adelante, lo que le confería un aspecto ridículo.

—Maldito imbécil, ¿por qué diablos no mira por dónde va?

El insulto provenía del tipo del cabello ralo. A su lado, un sujeto con un bigote delgado y la musculatura de un luchador de *catch* se abrió la chaqueta y exhibió un vientre hinchado de alcohol por encima de una vieja musculatura. El tercer individuo, alto y delgado, más joven y atractivo, se limitó a coger a la muchacha por la cintura y a sonreír con una dentadura ideal para los primerísimos planos.

—Tal vez no lo hayas notado, amigo —dijo Olcott con un tono deliberadamente conciliador—, pero las luces de su automóvil están apagadas y además yo tenía preferencia de paso.

—Quiero ver su licencia de conducir, idiota —dijo el tipo.

—No deberían permitir que los subnormales condujeran fuera de los parques de atracciones —añadió el de la tripa protuberante, escupiendo por un costado de la boca.

Olcott miró al joven de aspecto cinematográfico que parecía el observador inteligente de la puesta en escena.

Querían probarlo y averiguar quién era. Era una operación normal en determinados ambientes.

—Está bien, pequeños —sonrió Max—. ¿Quién es el que comienza la actuación?

El rostro del muñeco sonrió y la muchacha lo besó ostentosamente en el cuello.

El de los cabellos ralos se acercó a Olcott con expresión enfurecida. Max, sin dejar de sonreír, giró el cuerpo como si estuviese a punto de marcharse y sorprendentemente encogió la pierna derecha y la lanzó violentamente hacia el bajo vientre del tipo. Fue un movimiento velocísimo y preciso. Una patada lateral de karate, un eficaz *Yoko Geri* que dobló al ciudadano en dos mitades portentosas. Max lo cogió con una mano por los pocos cabellos y con la otra le asestó un golpe seco detrás de la oreja izquierda.

El muñeco había dejado de sonreír.

—Tú no estás en forma para hacerte cargo de la situación, gordito —se burló Max del hombrón de la tripa.

—Mátalo, Brent —dijo la muchacha y restregó sus posaderas contra el muslo del muñeco.

El llamado Brent, al igual que un perro de presa, se abalanzó sobre Max.

Hay un sistema muy sencillo para neutralizar el ataque de un sujeto de mayor tamaño y peso. Golpearlo en un sitio que no prevea y que lo desestructure rápidamente.

Max dio un paso hacia él y se dejó caer al suelo. Desde una posición agachada, repitió la patada lateral, pero esta vez su objetivo fue la rótula del matón gordo.

Brent abrió los ojos, lanzó un bufido y cayó arrodillado. Max se incorporó y antes de encontrarse totalmente de pie volvió a patear al tripudo en la mandíbula. La cabeza saltó hacia atrás y el cuerpo adiposo quedó estirado de espaldas sobre el pavimento, iluminado por la bailarina erótica, del letrero luminoso.

El niño bonito apartó ligeramente a la diosa tropical y extrajo una pistola. El arma, una 45 oscura y prepotente, lo convertía en un héroe de celuloide.

Max movió la cabeza hacia uno y otro lado, abrió la puerta de su automóvil y se sentó detrás del volante.

—Yo no te aconsejaría que dispararas, muñeco. Te llevarías una

sorpresa.

Pero el tipo no tenía intención de disparar, ni siquiera de amenazar a Olcott con el arma. Sólo la había exhibido preventivamente, para evitar una paliza que acabaría con su aspecto de Míster Éxito.

Max guiñó un ojo a la muchacha y se alejó lentamente, gozando de la brisa templada del mar y de un episodio decididamente provechoso. Estaba seguro que el segundo paso lo darían *ellos*, fuesen quienes fuesen, los mismos que habían enviado a los dos matones y al niño bonito a ponerlo a prueba.

Lamentó que Lena no estuviese aguardándolo en la casa del recodo, pero a la vez, de un modo todavía confuso, sintió un cierto temor por la muchacha.

No deseaba verla comprometida en aquel maldito tinglado.

Detuvo su automóvil ante la cabina telefónica de la gasolinera y llamó a Zach a su domicilio particular.

—Diga.

—Soy Bret Scott, amigo.

—¿Tienes idea de qué hora es?

—Sí, sólo las once de la noche.

—Exacto. La hora de mi programa deportivo.

—Escucha, Stirling. He tenido un tropiezo con unos matones. Viajaban en un Cadillac color salmón. Tengo el número de la matrícula.

—Dímelo de una buena vez.

Max recitó el número.

—Llámame mañana.

—De acuerdo. Otra cosa más, amigo.

—Creo que vas demasiado rápido.

—Ésa es mi intención. Quiero el número telefónico del individuo del servicio.

—¿Maetzie?

—El mismo.

—¿Qué piensas hacer?

—Es cosa mía, Zach. Si tú no lo sabes no podrán acusarte de complicidad. El teléfono particular, por favor.

—No será fácil.

—Buenas noches, Stirling.

—Cuídate, Max.

Diez minutos más tarde se metía en la cama y depositaba el Magnum debajo de la almohada.

Extrañaba el calor de Lena Kanin.

CAPÍTULO VI

Se levantó temprano, bebió un café negro y caminó hasta la playa. Era una buena hora para nadar. La playa estaba solitaria y el mar ofrecía un aspecto similar al que debió ostentar antes del descubrimiento de América.

Nadó durante media hora y regresó a tomar el sol.

A media mañana la playa comenzó a albergar a las dos docenas de vecinos, y varias lanchas rápidas arrastraban a elásticos esquiadores convertidos en sombras por el sol naciente.

Olcott decidió nadar un poco más antes de llamar por teléfono a Zach.

Se zambulló y avanzó con brazadas vigorosas, alejándose de la costa. Cuando consideró que ya era suficiente, a unos quinientos metros de la línea de arena amarilla, flotó de espaldas observando el profundo azul del cielo de Florida.

Las lanchas circulaban lejos de él y el ronroneo de los motores resultaba una tonadilla adormecedora. Un ronroneo que de vez en vez aumentaba de volumen y entonces podía observar el cuerpo de una odalisca bronceada y en flexión, pasando fugazmente a una cincuentena de metros, en medio de una nube de espuma.

Cerró los ojos y escuchó el sonido del motor. El volumen del ronroneo inicial fue creciendo hasta que su sentido auditivo le indicó que se aproximaba más de lo que era prudente.

Abandonó la posición acostada y flotó de pie observando a su alrededor.

Vio la proa alzada de una lancha de líneas aerodinámicas y pintada de color rojo que venía directamente hacia él.

No podía tratarse de una distracción del conductor, sino de una deliberada maniobra amenazadora. Y su descubrimiento no le

resultó agradable en absoluto. La hélice de aquella lancha podía convertirlo en una hamburguesa desperdigada para la satisfacción de los peces menores del Atlántico.

Aguardó hasta que la lancha estuvo a una decena de metros y se sumergió precipitadamente. La embarcación se desvió en el último instante y, desde su posición sumergida, Max observó las líneas paralelas del esquiador cortando las olas allí donde unos segundos antes había estado su cabeza.

Aprovechando el giro obligado de la lancha, salió a la superficie y observó al tipo que evolucionaba sobre los esquíes. Le pareció reconocer su porte espléndido, pero se alejó rápidamente, oculto por una cortina de agua y por el giro de la embarcación.

Volvían a la carga.

Max nadó sin prisas en dirección a la costa. Se detuvo cuando lo consideró imprescindible para no ser decapitado y volvió a sumergirse. En esta ocasión, el remolino de la hélice pasó exactamente por el sitio en que él había iniciado el descenso.

Si pretendían asustarlo lo estaban consiguiendo. Era una lucha desigual y aunque por el modo de actuar no parecían decididos a acabar con él, tampoco se mostraban muy precavidos a la hora de embestirlo.

Lamentó no tener nada a mano con lo que poder defenderse. Le hubiese bastado con un trozo de madera o de hierro.

Salió nuevamente a la superficie y nadó de espaldas hacia la orilla, observando la maniobra de la lancha y el esquiador que regresaban en su busca.

Si continuaban de aquel modo acabarían por agotarlo. Se encontraba demasiado lejos de la orilla y no avanzaba con la velocidad suficiente. Calculó que sólo podía nadar una veintena de metros, poco más o menos, antes de verse obligado a detenerse para enfrentar a sus enemigos.

Se sumergió por tercera vez y observó que allí la profundidad era menor. Un banco de arena elevaba el fondo marino hasta unos cuatro metros de la superficie y en él halló los restos de una barca de pesca semienterrada en la arena.

Regresó a la superficie cuando la lancha se alejaba. Aspiró profundamente y volvió a sumergirse. Procuró arrancar una tabla carcomida del casco naufragado, pero no era una tarea sencilla.

Finalmente consiguió aflojar un listón de poco más de dos metros y con una anchura de veinte o treinta centímetros.

Subió en busca de oxígeno.

La lancha pasó a alguna distancia, buscándolo. El piloto lo vio cuando volvía a sumergirse.

En esta ocasión consiguió arrancar el listón, que se partió en dos trozos. Eligió el más largo, de alrededor de un metro y medio, y con él regresó al campo de batalla.

La lancha se había detenido a unos cincuenta metros y esta vez pudo ver claramente al esquiador que aguardaba con los esquís en alto, dispuesto a reiniciar la ofensiva.

Era el niño bonito de la noche anterior.

El piloto lo descubrió en ese instante y lanzó la cabalgadura roja hacia él.

En esta ocasión Olcott aguardó hasta el último instante y luego se impulsó hacia el fondo. La lancha pasó por encima de él en medio de una vorágine de espuma y burbujas gigantes y tras ella aparecieron las estelas gemelas de los esquís.

Max se impulsó hacia arriba y cuando el muñeco pasó por encima a una velocidad de más de cincuenta kilómetros a la hora, lo golpeó en los esquís con el listón de madera.

Sintió la repercusión del golpe en sus músculos y el madero saltó de sus manos. La estela pareja y delicada se quebró y en el momento en que Max alcanzó la superficie observó con satisfacción cómo el muñeco perdía el equilibrio y saltaba por los aires como una marioneta, para caer estrepitosamente en una posición que lo eliminaba del campeonato.

Sin detenerse. Olcott comenzó a nadar con un *crawl* rápido y vigoroso en dirección a la costa. De vez en vez nadaba algunos metros de espaldas para observar la operación de rescate.

Al cabo de veinte minutos, el accidentado había sido izado dentro de la lancha y Olcott se dispuso a enfrentarse una vez más con aquellos bastardos.

Para su sorpresa, la lancha se adentró en el mar a toda velocidad y luego, a varios kilómetros de distancia, giró hacia el suroeste.

Max, sin tantas prisas, prosiguió su camino en dirección a las rompientes.

Llegó exhausto a la costa y descansó diez minutos al sol antes de

encaminarse hacia la casa del recodo.

Se duchó y, vestido con un *short* deportivo y alpargatas, se encaminó hacia la gasolinera.

—¿Se le ha estropeado el teléfono? —inquirió el encargado desde la protección del *Playboy*.

—En absoluto, pero me encanta observar su rostro de buenos amigos.

Zach respondió de inmediato a su llamada.

—¿Lo tienes?

—Sí, lo tengo. El automóvil es alquilado.

—¿Qué agencia?

—Pórtate como un buen chico y déjame terminar. Fue alquilado en Miami hace un par de días. A nombre de un tal John Stud. No tiene antecedentes. Maetzie se hospeda en el hotel Polydor. El teléfono está en el listín. ¿Alguna novedad?

—Han intentado convertirme en un cadáver pasado por agua. Creo que se están poniendo nerviosos. Esta noche haré una visita de cortesía.

—¿En qué estás pensando?

—En la urbanización Cayos Negros.

—Un sitio distinguido.

—¿Qué sabes de ella?

—Nada importante. Es uno de los muchos enclaves de tíos adinerados en busca de intimidad y sosiego. Aunque... espera un instante. Sí, ahora recuerdo, creo que allí viven algunos antiguos hombres de negocios cubanos. Huidos tras la revolución de Castro.

—Bien. Algo es algo. Salud, Stirling.

—Vuelve a llamarme mañana, quiero saber de ti antes de hallarte flotando en mi jurisdicción.

—Lo haré.

Salió de la cabina y cruzó la carretera hasta la playa. Se quitó las alpargatas y echó a correr junto al mar en dirección suroeste. Los grupos de bañistas aumentaban a medida en que se incrementaba la proliferación urbanística. Muchos se entretenían jugando al *bolley-ball*, a la paleta o simplemente conversando armados con cervezas frías. Era un buen sitio para conocer mujeres hermosas y enfrentarse a sus musculosos amiguetes.

Corrió a buen paso, en plan amante del *jogging*, durante ocho o

nueve kilómetros, observando las lanchas ancladas a los pequeños embarcaderos y por fin dio con un adecuado puerto natural, flanqueado por piedras oscuras en las que se leía una inscripción que el tiempo había difuminado: Cayos Negros.

La lancha roja parecía un pez juguetón y dormido sobre las olas. No vio al muñeco dorado ni al piloto de la embarcación. Varios hombres y mujeres, en sus respectivos yates, se preparaban para salir a gozar del sol de la tarde.

Se acercó a un viejo que mascaba tabaco y preparaba varias cañas de pescar.

—Buenos días, abuelo.

El viejo levantó un rostro delgado, chupado y cubierto por una piel apergaminada y oscura de sol. Sonrió con simpatía y detuvo el movimiento de sus maxilares.

—Hola, hijo.

—Me han dicho que ha habido un herido. ¿Algo grave?

—No, no muy grave. Un susto y algunas magulladuras. El señor Stud ha tenido suerte.

—El buen John siempre ha gustado de presumir sobre los esquíes.

—En un par de días estará como nuevo, puedes creerme. ¿Eres amigo suyo?

—Algo por el estilo, abuelo. Gracias por la información, me siento más aliviado.

Pero el viejo ya había vuelto a su trabajo y reanudado el mascado del tabaco.

Regresó caminando por la playa y reflexionando.

John Stud era el muñeco que había alquilado el Cadillac color salmón y había procurado jugar al *slalom* con su cabeza. Pertenecía al círculo de los habitantes de Cayos Negros y se traía algo entre manos; algo que incluía su desaparición. Se preguntó hasta qué punto habían tratado de matarlo realmente. Tal vez sus reflejos durante la pelea de la noche anterior les había dado la idea de llevar la amenaza más lejos.

Esa noche saldría de dudas.

Llegó ante la casa del recodo y se dio un rápido baño en el mar para borrar el calor de la maratón primero y la caminata después. Cuando salió del agua se volvió con expresión reflexiva hacia el

lejano y ondulante vaivén de las olas.

El barco había reaparecido entre la rompiente y el horizonte y permanecía muy quieto. Su posición era la misma que la del día en que Max lo vio por vez primera, antes de su partida.

Caminó hacia la casa y se sorprendió al ver el coche playero de Lena. Una sorpresa que lo llenó de entusiasmo y le hizo olvidar los últimos episodios de su aventura.

Estaba radiante. El cabello despeinado por el viento, la camiseta pegada a las cumbres inquietantes de los pechos y un *short* que enaltecía la belleza embriagadora de las piernas.

La piel aparecía brillante de sudor y los ojos claros destellaban de entusiasmo.

Se abalanzó sobre él y lo besó con fuerza en la boca.

—He vuelto, tenía ganas de ti —dijo con una espontaneidad que lo conmovió.

Mientras volvía a besarla, Max comprendió que la muchacha lo devolvía a un territorio que le parecía abandonado para siempre con la muerte de Magda. La apartó para mirarla fijamente.

—Tienes los ojos empañados —dijo ella.

—Me emociona tu modo de ser.

La besó casi furiosamente y comprendió que no podía perderla. Que sólo hada un par de días que la conocía y aunque todo se había producido precipitadamente, amaba a aquella muchacha hermosa y espontánea.

Entraron abrazados en la casa y, perseguidos por una urgencia agobiante, buscaron el dormitorio de Max y se lanzaron a la ceremonia de desnudarse, saboreándose la piel en la danza pronunciada del deseo.

—Te amo, Bret —dijo ella y Max sintió que estaba siéndole infiel, que ese Bret que ella amaba era alguien que él deseaba extirpar para siempre de su vida.

Deseaba, de una vez y para siempre, decirle adiós al servicio.

Fue una tarde intensa y alegre, llena de preguntas ansiosas y sonrisas cálidas por parte de Lena y de respuestas sencillas y miradas reflexivas por parte del ex agente.

Cuando el sol declinó en su arco del poniente, Max la dejó preparando unas copas y se vistió con un tejano, zapatillas de deporte y una camisa amplia y oscura. Puso la navaja marinera en

el bolsillo del teano y eligió un par de guantes negros de algodón que ocultó en otro bolsillo, para el caso de que necesitara ocultar sus huellas dactilares.

—¿Por qué brindamos? —preguntó Lena.

—¿Confías en mí?

—Sí, por ninguna razón en especial, excepto porque estoy enamorada —replicó ella besándolo en los labios.

—Escúchame. Quiero que me esperes aquí sin hacer preguntas hasta que regrese. Entonces hay algo que deseo confesarte. ¿De acuerdo?

La expresión de la muchacha no se alteró, pero una sombra de desasosiego atravesó sus pupilas inmensas.

—De acuerdo —dijo finalmente—. Me gustan los misterios.

Pero algo ocurrió. Lena descubrió que en realidad él era un desconocido; y Olcott supo que estaba embarcándola en una aventura peligrosa sin ningún derecho, sin haberle dado la posibilidad de que permaneciera al margen.

Y el servicio carecía de moral, de escrúpulos, de misericordia; era una especie de ente cuyos tentáculos abarcaban una gran parte del acontecer político internacional.

A las once de la noche, tras una cena ligera y expectante, Max se dispuso a salir.

—Te estaré esperando —dijo ella.

—Te quiero, puedes creerme.

Se besaron con intensidad, pero brevemente, y Olcott salió de la casa.

Recogió el Magnum de la guantera de su coche y antes de ponerse en marcha lo guardó en la pistolera, que abrochó a su cinturón. En esta ocasión ellos no se andarían con miramientos. Y él tampoco.

Dejó el coche a dos kilómetros de la entrada que indicaba la urbanización Cayos Negros y se encaminó hacia ella a campo través, como en sus mejores épocas de agente; como un gato elástico y preciso, dispuesto a dar el siguiente zarpazo.

Media hora más tarde, cuando en su reloj de pulsera las dos agujas se unieron en el 12, llegó a la alambrada que rodeaba la urbanización. Aguardó veinte minutos oculto por un matorral y observó que dos guardias armados rondaban la alambrada por el

interior.

Caminó a lo largo de aquel límite guardado por hombres bien entrenados, hasta que encontró un pino alto y delgado a unos seis metros del obstáculo de alambre.

Era lo que estaba buscando.

Trepó al pino con sigilo, observando los detalles y disposición de la urbanización a la discreta luz de las escasas farolas. Sólo distinguió cuatro *bungalows* de diseño atractivo, separados entre sí por jardines, desniveles, árboles y parterres. En el extremo próximo a la alambrada había dos canchas de tenis y a lo lejos distinguió el brillo de la luna en las aguas muertas de una gran piscina con forma de riñón.

Llegó a una altura de quince metros y el tronco delgado del pino comenzó a oscilar peligrosamente.

Max comprobó que no había guardias en las inmediaciones, trepó todavía otros cuatro metros e inició un movimiento lento y preciso para aumentar el balanceo. La copa describió un arco que fue aumentando su diámetro hasta rozar casi la alambrada. Max permanecía firmemente cogido a una rama y en un último impulso la copa superó el nivel de la alambrada y Max se dejó caer dentro, en una de las canchas de tenis. El árbol regresó a su posición normal y él corrió hacia el primer *bungalow*, alejándose del itinerario de los guardias.

No había nadie en las primeras dos viviendas.

Cuando llegó a las inmediaciones de la tercera, situada entre un bosquecillo de coníferas y una muralla de setos perfectamente recortados, el sitio se iluminó y varias personas aparecieron en el patio anterior del *bungalow*. Tres furgones llegaron desde el exterior y aparcaron con rapidez.

Sin una palabra, se procedió a la descarga de grandes cajas de madera que fueron depositadas en la bodega del *bungalow*. Media hora más tarde las furgonetas desaparecían por donde habían llegado y las luces se apagaban.

Max avanzó cuidadosamente hacia la casa, sorteó un seto y cruzó una zona de parterres hasta dar con la fachada posterior. Una ventana a ras de suelo, protegida por barrotes de hierro fue su objetivo, y llegó hasta ella arrastrándose sobre codos y rodillas. Atisbó al interior y vio a cuatro hombres, vestidos impecablemente,

observando al matón de cabellos ralos mientras abría una de las cajas.

El matón quitó la tapa y extrajo un envoltorio de tela engomada del que sacó una metralleta Uzi y la exhibió con orgullo.

Un hombre avanzó y echó un vistazo al arma. Era un tipo de alrededor de cincuenta años, bronceado, de cabellos grises y dientes muy blancos. La boca tenía una expresión desagradable y un tic nervioso le hacía levantar la ceja derecha intermitentemente.

Max reconoció al muñeco de los esquíes. Llevaba un brazo vendado y dos parches en las mejillas. Se había dado un buen golpe.

—Hola, hombre duro —dijo una voz a su espalda—. Ponte de pie con las manos en la nuca o te reviento la cabeza.

Max obedeció pensando a toda velocidad. Cuando se volvió hacia su captor descubrió al matón del vientre abultado.

Sonrió y miró la 45 que llevaba en la diestra.

—Cuál es tu nombre de guerra. ¿Barriga Sensual?

—Camina hacia el frente de la casa —ordenó el tipo en voz baja.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso estás afónico?

El tipo hizo exactamente lo que Olcott deseaba. Dio un paso hacia él y le hundió el cañón del arma en el estómago.

Max giró y golpeó la muñeca del matón con el canto de la mano y con el mismo movimiento de giro le clavó el codo en la garganta. El arma cayó al suelo y Max saltó sobre el hombre para correr en dirección a la salida. Y a sabía todo lo que necesitaba.

Se hallaba a mitad de camino de la puerta de salida custodiada por los dos guardias cuando se encendieron las luces y un timbre discreto pero perfectamente audible resonó en la urbanización. Max se llevó la mano a la cintura y extrajo el Magnum. Escuchó gritos a su espalda y aumentó la velocidad. Sólo estaba a veinte metros del portón que permitía el acceso a Cayos Negros, cuando un guardia se volvió hacia él mientras el otro procedía a cerrar el portón.

Sin dejar de correr, Max apuntó y disparó. El primer balazo dio en el hombro del guardia que extraía su arma, arrojándolo hacia atrás como si hubiese sido embestido por una topadora. El segundo proyectil atravesó el muslo del guardia que intentaba cerrar la salida, que cayó rodando con un aullido de dolor.

Dos balazos silbaron junto a su cabeza y comprendió que le disparaban con silenciador.

Saltó sobre los cuerpos ensangrentados y corrió en dirección a los edificios que flanqueaban el camino poco más adelante: el restaurante a su derecha y el *cabaret* a su izquierda. Los cañonazos del Magnum habían pasado desapercibidos dentro de los dos locales. Un coche apareció tras él y los faros iluminaron a Olcott, que buscó un sitio donde ocultarse.

Pero no lo había.

Entonces, incrédulo, vio aparecer el coche playero de Lena procedente del aparcamiento lateral del restaurante y corrió hacia él. La muchacha realizó una maniobra perfecta clavando los frenos y girando el volante para que el coche derrapara de tal modo que describiera una vuelta de 180.º y apuntara hacia la carretera.

Max saltó dentro y Lena apretó el acelerador. El vehículo saltó hacia adelante y emprendió una carrera veloz hacia la costa. El coche de los perseguidores venía muy cerca y los alcanzaría con facilidad en ese kilómetro de distancia que separaba la urbanización del acceso de la carretera.

—No te detengas, Lena. Cruza la carretera y busca la playa. No podrán darnos alcance en terreno arenoso.

Cuando el coche llegó al final del sendero, la muchacha cerró los ojos, apretó las mandíbulas y cruzó la carretera como una flecha, saltó por encima del médano y cayó sobre la playa. El coche perseguidor realizó la misma maniobra, pero no tenía la ductilidad del pequeño playero y quedó atrapado en la arena.

Un tipo saltó rápidamente a tierra y lanzó una ráfaga de metralleta contra el vehículo de Lena. Los proyectiles reventaron los neumáticos traseros y el coche perdió la dirección.

—Reduce la velocidad y continúa alejándote —ordenó Max, y cogiendo el Magnum con ambas manos descargó el tambor sobre el tirador y el automóvil.

Una explosión iluminó la playa cuando el depósito de gasolina recibió los impactos del Magnum.

A la luz de las llamas y durante una fracción de segundo, Olcott vio al tipo que manejaba la metralleta volar por el aire y detrás de él las siluetas de sus compañeros, destrozadas por la onda expansiva.

—Escúchame bien, pequeña. Quiero que vayas a la gasolinera y llames a este número de teléfono —le entregó un papel con el

número—, y pregunte por el capitán Zach. Cuéntale lo ocurrido y dile que actúe.

—¿Qué harás tú?

—Aún no he terminado.

—¡Bret! —gritó ella, sujetándolo por el brazo cuando él se disponía a saltar del coche.

—Confía en mí, ¿de acuerdo?

La besó en los labios y saltó a la arena.

La muchacha se alejó en dirección a la carretera, con los dos neumáticos traseros deshinchados y Olcott, siguiendo una idea que había tomado forma en su cabeza, se dirigió hacia el embarcadero donde había visto la lancha roja.

No había nadie en las inmediaciones, y avanzó por el muelle de piedra hacia la embarcación que habían utilizado aquella mañana para convertirlo en un bistec decapitado.

Llegaba ya a la altura de la lancha cuando descubrió un par de lanchas que se dirigían hacia el buque anclado en la distancia y un automóvil que giraba con un chirriar de neumáticos para dirigirse hacia el embarcadero.

Tres hombres saltaron de él y el automóvil se alejó a toda velocidad con dirección a Miami.

Max se dejó caer al agua, ocultándose de los tres tipos que pasaron a su lado y saltaron sobre la lancha roja.

—Ese maldito bastardo —dijo John Stud—, se ha cargado a Brent y a dos de los muchachos.

—Tendríamos que haberlo liquidado en la casa —agregó el del cabello raro.

El tercer hombre, un tipo delgado y con piel morena, de apariencia cubana añadió:

—El jefe se encargará de él. Ha hablado con Ivo Lahlou. Ivo hizo un buen trabajo con el otro.

—¿Qué ocurrirá con la operación?

—Es difícil preverlo, amigo —explicó el cubano—. Es posible que el jefe pueda neutralizar a la policía, pero no será sencillo. No todos los miembros del servicio están de acuerdo en esta operación. En este negocio los gobiernos se lavan las manos y los hombres pierden la cabeza, o se convierten en chivos expiatorios.

Mientras comprobaban la gasolina de la lancha, Max se

aproximó a la embarcación sujetándose del muelle, pensando de qué modo podía unirse a aquellos tipos y llegar hasta el barco. La idea se la dieron los esquíes que halló junto a su mano, en el muelle.

Una idea demencial. Pero no se le ocurrió ninguna otra.

Cogió los esquíes y la cuerda enrollada a su lado y con infinita precaución sujetó un extremo al soporte de la lancha y luego retrocedió hasta que la cuerda estuvo tensa. Se calzó los esquíes, respiró profundamente y aguardó a que pusieran el motor en marcha. Todo lo que necesitaba era que arrancaran a toda velocidad.

Y tuvo suerte.

Sintió el tirón y se incorporó sobre los esquíes. Equilibró el cuerpo, manteniendo las rodillas flexionadas para evitar que los tripulantes de la lancha lo vieran. Pero la noche era cerrada y la luna se desvanecía tras una franja de nubes bajas.

A lo lejos, sobre la playa, divisó un grupo de individuos alrededor del coche en llamas y las sirenas de la policía se dejaron oír atrapadas por el aire templado y húmedo.

A cien metros del barco se soltó de la cuerda y dejó que el impulso decreciera hasta quedar flotando en el mar quieto.

Las luces del barco lo hubiesen convertido en un blanco perfecto para los guardias.

Vio cómo la lancha era amarrada a un costado del navío y cuando los tres hombres subieron a bordo, comenzó a nadar vigorosamente hacia él.

Había supuesto que el barco era el encargado de recoger las armas mar adentro y acercarlas hasta la costa. Las descargaban en lanchas rápidas y luego eran almacenadas en una o varias de las casas de Cayos Negros. Ignoraba de qué modo las distribuían luego a los grupos y gobiernos de agitadores que atentaban contra la paz en América Centra; tal vez también lo hicieran por medio de embarcaciones. Quizá utilizaran medios de distribución terrestres.

En todo caso, ése no era el problema de Olcott. Su cometido sería desbaratar esa operación, la que había descubierto Lytton y, más tarde, ocuparse del tal Ivo Lahlou, el carnicero, el ejecutor profesional, el asesino de su amigo.

CAPÍTULO VII

Llegó nadando lenta y sigilosamente hasta el costado del barco. Era un viejo yate de líneas hermosas, estupendamente cuidado. Junto a la escalerilla de acceso se hallaba la lancha roja y a su lado otras dos embarcaciones. Las mismas que había visto cuando llegó al embarcadero. Supuso que se trataba de las naves empleadas para la operación de descarga.

En la escalerilla, sentado en el escalón próximo al agua y fumando displicentemente, con la mirada fija en la costa, había un centinela de aspecto rudo. Sostenía una metralleta sobre las rodillas y no parecía preocupado por el giro que estaban tomando los acontecimientos.

Max no se sorprendió.

En las operaciones de aquel tipo, los intereses no siempre eran estrictamente políticos. Existía una multitud de intermediarios que actuaban sólo por dinero. Hacían su tarea, contribuían con un eslabón a la cadena que eliminaba personajes importantes, derrocaba gobiernos o manipulaba países, cobraban el dinero previsto y se desentendían olímpicamente del éxito final del operativo.

Olcott conocía el procedimiento porque había participado en más de una conspiración.

Sacó la navaja del bolsillo y la abrió debajo del agua. Cuando estuvo a cuatro metros del centinela se impulsó hacia arriba y la arrojó con fuerza. La hoja hendió el aire y se clavó en la base de la garganta del hombre.

Max recorrió la distancia que lo separaba de la escalerilla y sujetó al individuo cuando resbalaba hacia el mar. Le quitó la navaja y lo dejó a merced del vaivén de las olas.

Subió sigilosamente hasta la cubierta y avanzó en dirección al puente. Un par de marineros jugaban al póker junto al timón. Dio la vuelta al puente y atisbo por una de las ventanas que se abrían al amplio salón central.

Vio al muñeco vendado, al matón de cabellos ralos, al cubano y a otros tres tipos. Uno de ellos debía ser el capitán del barco y parecía enfadado.

Avanzó inclinado, flanqueando el salón y halló una escalera que descendía hacia las entrañas del navío. En la sala de máquinas no había marineros, y tampoco en el camarote de la tripulación. Max supuso que habían ido a tierra, dejando que la operación de descarga la realizaran los personajes directamente implicados en el contrabando de armas.

O tal vez no, tal vez el mecanismo fuese diferente. En todo caso, no tenía demasiada importancia. En la sala de máquinas halló lo que necesitaba para culminar con su tarea.

Dos bidones de gasolina eran suficientes.

Vertió los veinte litros de combustible en uno de ellos allí mismo, procurando que se esparcieran adecuadamente por toda la estancia, operación facilitada por el lento vaivén del buque. Luego retrocedió hasta la puerta con el segundo bidón y vertió paulatinamente su contenido a medida que se alejaba en dirección a la escalerilla que llevaba a la superficie.

Retrocedió por el estrecho pasillo, ocupándose de impregnar con gasolina los camastros de los sucesivos camarotes. Se hallaba a mitad de camino cuando escuchó los pasos de alguien que descendía por la escalerilla metálica. Una pálida lamparilla amarillenta, protegida por una sucia jaula, era la única iluminación.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Negro? Tu puesto es en cubierta. ¡Estás de guardia, maldita sea!

Max se volvió lentamente hacia el recién llegado. Había reconocido su voz y se tomó su tiempo antes de mostrarle el rostro; el tiempo suficiente para aproximarse a un metro de él.

Era el muñeco. John Stud.

—Ese olor... Pero... —comenzó a decir el héroe del esquí acuático.

—Hola, Stud —sonrió Max y le asestó un golpe terrible en el rostro perplejo con el bidón de gasolina. No volvió a ocuparse de él.

Subió la escalerilla y arrojó el resto del combustible.

En ese momento recordó que no llevaba cerillas, ni mechero y además que no le hubieran servido de nada tras el baño de mar.

Se dirigió hasta el salón y, en el momento en que giraba en un extremo, se topó de frente con el matón de cabellos ralos.

El tipo abrió los ojos, más sorprendido que atemorizado por la inesperada aparición de Olcott.

Max le propinó un golpe seco con el puño cerrado en la base del esternón vaciándole los pulmones de aire e impidiéndole gritar. El segundo golpe lo alcanzó sobre el labio superior, y el matón cayó contra la portezuela de acceso al salón.

Con el canto de la mano derecha, endurecida como un hacha, Max le dio un último golpe en la sien.

Lo registró rápidamente y halló un mechero. Utilizó el propio pañuelo del matón para confeccionar una improvisada antorcha. Se acercó nuevamente a la escotilla por la que se accedía al pasillo húmedo de gasolina.

Encendió el pañuelo y lo arrojó al interior. Una lengua de fuego avanzó rápidamente hacia el intestino mecánico de la nave y Max corrió hacia la popa, pasó como una exhalación junto al puente, sin importarle la presencia de los tipos que jugaban al *póker*, y saltó por encima de la barandilla para hundirse en el mar.

Salió a la superficie a quince metros del barco, echó una mirada hacia él y comenzó a nadar procurando no revelar excesivamente su presencia.

—¡Allí! —gritó alguien y una ráfaga de metralleta lo buscó con sus salivazos de plomo.

Olcott se sumergió y nadó cuanto pudo debajo de la superficie. Finalmente, al cabo de un minuto, salió en busca de oxígeno y recibió el regalo de una monstruosa explosión.

Sintió en el rostro la vaharada caliente del estallido y observó el barco convenido en una hoguera extrañamente bella en la noche serena.

Nadó en diagonal hacia la costa, avanzando cautelosamente, porque adivinaba lo que ocurriría a continuación. Multitud de lanchas y barcas partieron con rapidez desde todos los embarcaderos, alertadas por la sorpresiva conmoción.

En dos ocasiones estuvieron a punto de acabar con el solitario

nadador, pero finalmente Olcott consiguió llegar a la costa. Salió del mar en un sitio desierto, lejos de los embarcaderos, y se dejó caer sobre la arena.

Se sentía exhausto.

A lo lejos, el barco ardía como una pincelada roja contra el telón agrisado de la madrugada y los reflectores de las lanchas patrulleras buscaban supervivientes en las inmediaciones.

En la costa, a más de tres kilómetros del sitio en que se hallaba Max, un equipo de la policía se ocupaba de quitar de la playa los restos del automóvil incendiado.

Los cadáveres y heridos ya habían sido recogidos por las ambulancias.

Había sido una noche agitada.

* * *

Su aspecto era el de un náufrago. Se quitó el pantalón y la camisa, hizo un paquete con ellos, envolviendo la funda con el Magnum, y cubierto solamente con el bañador elástico, comenzó a correr por la playa en dirección a la casa del recodo.

Fue en ese momento cuando el corazón se le paralizó en el pecho.

¿Qué había dicho el cubano en la lancha, poco antes de zarpar?

Lo recordó con espantosa claridad: «El jefe se encargará de él. Ha hablado con Ivo Lahlou».

El asesino estaba tras sus pasos. Seguramente todavía tenía tiempo de prevenir su golpe profesional, pero no deseaba que Lena estuviera a su lado cuando el reptil carnívoros apareciera en escena.

Lamentó no ordenarle que permaneciera en Miami, junto a Zach.

Era inútil lamentarse.

Atravesó la playa a la altura de la gasolinera y cruzó la carretera desierta en dirección al teléfono público.

No tenía monedas, de modo que golpeó en la puerta del edificio. Una luz se encendió al cabo de unos pocos minutos y el rostro abotargado del empleado admirador de *Playboy* surgió en el vano de la puerta como una máscara macilenta.

—¿Qué diablos quiere a estas horas?

—Necesito dinero para el teléfono público.

—¿Está loco?

—Es posible. Mañana le devolveré las monedas y le traeré una colección completa de los mejores desnudos eróticos.

Durante un minuto largo, Olcott tuvo la impresión de que el individuo iba a saltar sobre él y morderle la yugular. Pero se equivocó. Sin pronunciar una sola palabra, el tipo le entregó unas cuantas monedas y cerró la puerta con violencia.

Corrió hasta la cabina telefónica y marcó el número de Zach.

Nadie respondió a su llamada.

Intentó entonces en la central de policía.

Un sargento de voz cascada y modales de vagabundo del Bronx le pidió que aguardara un instante.

Poco después escuchaba la voz del capitán.

—Hola, Stirling.

—Has hecho un desastre allí, muchacho.

—¿Dónde está la muchacha?

—En mi casa.

—Bendito seas, capitán. Todavía tienes un buen cerebro. He llamado allí y no me contestó nadie.

—Tiene órdenes de no responder al teléfono. Llama y deja que suene un par de veces. Corta y vuelve a llamar. Entonces levantará el auricular.

—¿Qué ocurrió con Maetzie? Creo que era el tipo que estaba en el *bungalow*.

—Envié a la policía de dos distritos y también a un buen número de periodistas, sólo por si alguien tenía la idea de tapar las cosas. Dieron con un depósito de armas capaz de promover una revolución de considerables dimensiones. Detuvieron a varios individuos. La mayoría de ellos vinculados a grupos de somocistas nostálgicos. ¿Entiendes la idea?

—No es tan difícil. Pero ¿qué ocurrió con Maetzie?

—Está detenido. Será la víctima propiciatoria del tinglado. Una muchacha iba con él Preciosa. Con ojos achinados.

Max se permitió una sonrisa dolorida.

—Ella hizo un buen trabajo con Peter. Y casi me convenció a mí también. ¿Qué les ocurrirá?

—Pregúntaselo a alguno de tus amigos del servicio —replicó el policía con soma.

—No tengo amigos allí.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Iré a buscar algunas cosas a la casa y luego me dirigiré hacia allí. Por favor, cuida de Lena, hay un asesino tras mis pasos. Un tal Ivo Lahlou, es el carnicero que liquidó a Peter.

—Debe tratarse de uno de los amiguetes contratados por el servicio para las tareas extras.

—Cuida de ella, Max.

—No te preocupes. Has hecho un buen trabajo, digno del mejor de mis discípulos.

—Tal vez necesite alejarme un tiempo del escenario. ¿Dónde está tu famosa cabaña de Chesapeake?

El policía lanzó una carcajada y a continuación le dio las señas de la cabaña.

Max colgó el auricular.

Las sirenas de la policía se dejaban oír como lamentos estereotipados en el confín de la playa.

Pero Olcott sólo pensaba en recoger sus cosas, subir a su coche y largarse en busca de Lena Kanin. Tenía que hablar con ella, tranquilizarla y decirle que la amaba.

Llamó a la casa de Zach respetando la consigna y ella atendió de inmediato.

—Hola, amor.

—¡Bret! ¡Gracias a Dios! ¿Estás bien? Por favor —comenzó a sollozar—. Bret, no entiendo nada.

¿Yo...?

—Lena, cariño, escúchame. Estoy bien, te amo y sólo tengo que recoger mi coche e ir en tu busca. Te lo explicaré todo en un sitio alejado y hermoso.

—No tardes Bret por favor, tengo miedo por ti.

—Eres una chica valiente. Confía en mí, pequeña.

—Te amo, Bret.

—Prepara las cosas y sonríe, muñeca.

Colgó el auricular, salió de la cabina telefónica y echó a andar hacia la casa del recodo.

El pedregullo del sendero que llevaba a la casa le lastimaba la planta de los pies, pero no le impidió avanzar con rapidez, estimulado por el final de la aventura y el rostro maravilloso de la muchacha.

Entró en la casa y supo que se había comportado como un verdadero idiota.

Todo ocurrió con demasiada velocidad.

Primero fue el olor. Un olor a perfume intenso. Luego la luz que se encendió violentamente encegueciéndolo e inmediatamente la voz serena y burlona.

—Tengo un cañón con silenciador apuntándote al estómago, héroe.

El tipo permanecía en las sombras, detrás de la lámpara que encandilaba su rostro.

Olcott trató de pensar con rapidez. Tenía el Magnum dentro del envoltorio con sus ropas mojadas, pero el tipo era un profesional. Se maldijo por su estupidez, pero no sintió temor. Sólo irritación por aquel descuido de último momento.

—Puedes apartar la luz, carnicero. No estoy armado.

El tipo apartó la lámpara y aguardó pacientemente a que Max recuperara la visión.

Cuando Olcott ahuyentó las estrellas blanquecinas que entorpecían sus pupilas, observó al asesino.

Era un hombre corriente. De mediana estatura, rostro anodino, gafas de concha y cuerpo robusto, pero no musculoso.

Vestía un traje de gabardina gris, brillante por el uso, y sostenía el arma con el descuido vigilante de los hombres acostumbrados a su trabajo.

Un trabajo bien remunerado.

Max recordó que antes de matar a Lytton lo había golpeado por puro placer y eso le dio una idea.

—Arroja el envoltorio, héroe —dijo el tipo.

Max obedeció.

—Levanta las manos y abre las piernas.

Max volvió a obedecer y estuvo a punto de echarse a reír por su propia ingenuidad, por su absurda idiotez ante aquel descuido.

El asesino lo miró, dio dos pasos hacia él y se detuvo. Max aguardó el golpe.

—El otro, Lytton, también se sonrió antes de que lo matara. ¿Qué es tan gracioso?

—¿Por qué lo golpeaste?

—Por placer.

—¿El disparo en las tripas también te hizo feliz?

—Muy feliz.

Max se sonrió.

—¿Por qué te ríes?

—Jamás lo comprenderías —replicó Olcott.

El tipo le lanzó un puntapié a la entrepierna y en ese preciso instante sonó el teléfono.

Max bajó el brazo izquierdo y apartó el arma del asesino, pero no pudo evitar que el puntapié alcanzara parcialmente su objetivo. Sintió una terrible punzada de dolor, pero consiguió lanzar un golpe con los dedos rígidos como punzones a la garganta del carnicero.

El tipo era duro, pero aquel golpe, el terrible *Yon hon nukite*, podía reventar el cuello de cualquier hombre. No había sido perfecto porque Max no había estado en condiciones ideales para ejecutarlo, pero el arma con silenciador cayó de las manos del asesino, que se sujetó la garganta con desesperación.

Olcott cayó arrodillado, sintiendo que algo se había desgarrado en su entrepierna.

Durante unos momentos se miraron intensamente, imposibilitados de hacer movimiento alguno mientras la estridencia del teléfono orquestaba la escena detenida.

Pero los dos eran profesionales y sabían que sólo era cuestión de reacciones rápidas, decidir entre la vida y la muerte.

El asesino miró el arma caída a sus pies con el rostro azulado por la asfixia.

Max apretó las mandíbulas y, en el momento en que el otro se agachaba para coger su arma, saltó hacia el envoltorio de las ropas húmedas. Cogió la pistola y extrajo el Magnum en el momento en que Ivo asía su arma.

En esa fracción de segundo que precedió a los disparos, Olcott temió que el agua de mar hubiese inutilizado el arma. No era algo corriente, pero podía suceder.

Apretó el disparador en dos ocasiones.

El primer plomo alcanzó a Ivo Lahlou cuando disparaba hacia él. El poderoso impacto del Magnum destrozó el estómago del asesino arrojándolo hacia atrás. El segundo proyectil entró por la boca abierta del carnicero y le desintegró el rostro.

Olcott no comprendió que estaba herido hasta el momento en

que el cuerpo de Lahlou quedó ovillado en el suelo, en el mismo sitio en que había muerto Peter Lytton.

Miró su brazo izquierdo inutilizado y observó la sangre que manaba profusamente de una gran herida abierta en el hombro. La bala había entrado y salido limpiamente.

El teléfono dejó de sonar, como si se plegara al final del acto. Max fue hasta el cuarto de baño, lavó y desinfectó la herida y se vendó lo mejor que pudo. Luego se vistió y regresó al salón.

Fue en ese momento cuando concibió la idea.

Arrastró al asesino hasta su dormitorio, le quitó toda la documentación y la guardó en los bolsillos de su cazadora. Recuperó de su equipaje el dinero y los documentos falsos a nombre de Bret Scott y luego fue hasta la cocina para abrir las llaves del gas. A continuación cerró metódicamente todas las aberturas de la casa y saltó al jardín en busca del coche del asesino. Lo halló oculto a unos treinta metros de la casa.

Regresó a la vivienda e improvisó un cocktail Molotov con un frasco de alcohol. Aguardó un par de horas fuera, hasta que consideró que la explosión sería la indicada y arrojó la bomba contra la puerta de la casa.

Durante algunos segundos, mientras se alejaba en busca del coche del asesino, el alcohol encendido sólo encendió la puerta. Y entonces sucedió, una explosión terrible conmovió el lugar, alcanzando el coche de Max con su caricia de fuego e iluminando el final de la madrugada.

Max no se volvió a mirar la tea poderosa. Se limitó a conducir el coche del asesino hasta las proximidades del departamento de policía, donde Stirling Zach luchaba contra su úlcera y en favor de su sueño de una jubilación serena.

Cerró el coche, arrojó los documentos de Ivo Lahlou a una alfombrilla y llamó por teléfono al policía.

—¡Qué ocurrió en la casa! —Fue la primera frase de Zach.

—Estoy muerto, amigo. Me asesinó allí un carnicero de nombre Ivo Lahlou. Creo que es una buena idea morir a tiempo si uno desea dejar de ser importante para el servicio. ¿No opinas lo mismo que yo?

—De acuerdo, me ocuparé de reconocer tu cadáver.

—Creo que será difícil reconocerlo, pero tú eres capaz de eso y

mucho más, Stirling.

—Búrlate, majadero.

—Lena y yo te esperamos este fin de semana en Chesapeake. Un amigo de buen corazón nos ha prestado su morada celestial.

—Con una condición, Max.

—Nada de Max, amigo. Ahora soy el recién nacido Bret Scott. ¿Qué condición?

—Olvídate del Magnum y ocúpate sólo del saxofón. ¿De acuerdo?

—Es un trato, Zach.

—Buena suerte, Scott.

—Hasta la vista, amigo.

Cogió un taxi, encendió un cigarrillo y cerró los ojos. En diez minutos estaría en brazos de la mujer que amaba y tenía muchas cosas que explicarle, entre ellas..., que ya no había casa del recodo.

* * *

Lena Kanin se incorporó desnuda y tibia, abrió la ventana que daba a la bahía y suspiró:

—Está amaneciendo, amor.

—Regresa a la cama, pequeña.

—Ha sido una historia interesante.

—Olvídala. Le he dicho adiós al servicio.

Se volvió hacia Olcott y sonrió desde su maravillosa belleza.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó con tono deliberadamente ingenuo.

—Primero yo prepararé el desayuno y luego pensaremos en el menú con que agasajaremos a Stirling.

—Creo que tú y yo debemos discutir ese programa con mayor intimidad.

Se acercó a la cama y se deslizó a su lado como una pantera de ojos claros y apetitos exuberantes.

Max Olcott la besó en los labios calientes y abiertos, abrazándola con fuerza.

—Está bien —asintió—, tú ganas, pero recuerda que soy un señor mayor que ha cumplido cuarenta años y se recupera de sus heridas.

—Un buen entrenamiento te pondrá en forma, abuelo —rió ella

atrapada en la siguiente caricia.

FIN



Pablo Di Masso (Rosario, 1948) es un dibujante multifacético que ha desarrollado su variada actividad profesional en Barcelona, ciudad en la que reside desde 1977. Artista autodidacta, su labor abarca campos tan curiosos y diferentes como la traducción, el periodismo, el diseño gráfico, la ilustración, la publicidad y la dirección y edición de revistas de información general, creación de empleo, eróticas, gastronomía y ópera.

Ha publicado más de doscientos títulos de ficción además de textos por encargo sobre temas de literatura, cine, medicina, política y economía.

Dibujante impenitente, sus dibujos han sido creados en medios tan disímiles como servilletas, manteles, ladrillos pulidos, pequeños trozos de hormigón y envases de cartón, además de la clásica hoja de papel de diferente gramaje.

A pesar de que cuenta con una producción de varios centenares de obras, sólo una pequeña parte de ellas se encuentra en manos de amigos o formando parte de colecciones privadas: en Barcelona, Madrid, Buenos Aires y Rosario. En 2007, Di Masso ha realizado varias muestras colectivas e individuales (Barcelona, Buenos Aires y Rosario), con una cuidada selección de sus últimos trabajos.

Otros seudónimos: Jane Vanessa, Pablo Di Masso, Pablo Mario di Masso, Pabo Mario Di Masso, Rocco Sarto, Jackie Vallance.